

**El trabajo físico como redención para volver a Dios: una revisión de la noción de
trabajo en Simone Weil**

Trabajo de grado para optar por el título de filósofa

Presentado por:

Derly Yohana Ruíz Rodríguez

Dirigido por:

Prof. Dr. Juan Camilo Espejo Serna

Programa de Filosofía

Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas

Universidad de La Sabana

Marzo, 2022

Agradecimientos

En el camino que he recorrido hasta aquí me he encontrado con los desafíos más inimaginables. Pero en este camino me he encontrado también con personas que me han brindado su calidad humana, su apoyo incondicional y su fortaleza para lograr escribir esta monografía. A esas personas les quisiera expresar mi gratitud:

Agradezco a la Universidad de La Sabana por haberme permitido cumplir mi sueño de estudiar allí. Especialmente agradezco a mi asesor Juan Camilo Espejo quien me guió académicamente, por su calidad humana, dedicación, esfuerzo y motivación que me ayudaron a creer en mí y en este trabajo.

Le doy gracias también a mis amigos, compañeros de trabajo y personas que con sus experiencias han brindado grandes aportes a mi investigación.

Elena, Euclides, Albeiro gracias por sus consejos y fortaleza como compañeros de trabajo y amigos.

A Tatiana y Camila, quienes me impulsaron para culminar mi carrera, gracias por su apoyo y amistad incondicional.

Gracias también le doy a mi familia por su amor y fe en mí. A mi madre por ser mi pilar en cada sueño y a mis hijas Sara y Victoria por haber traído las mayores alegrías de mi vida.

Esta monografía es un logro gracias a Dios y a todos ustedes.

Tabla de contenidos

Introducción	1
Capítulo I	6
Revisión de la noción de trabajo en <i>Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social</i>	6
1. Presentación de la obra	6
2. Conceptos relevantes para explicar la noción de trabajo	9
3. Noción de trabajo	22
Capítulo II	26
Revisión de la noción de trabajo en <i>Echar raíces</i>	26
1. Presentación de la obra	27
2. Conceptos relevantes para explicar la noción de trabajo	30
3. Noción de trabajo	48
Capítulo III	52
Comparación de la noción de trabajo en <i>Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social</i> y en <i>Echar raíces</i>	52
1. Perspectiva teológica en la noción de trabajo físico	55
2. Relación entre la noción de trabajo físico y trabajo material	56
3. Relación entre la noción de trabajo físico y trabajo libre	58
Conclusiones	64
Referencias	69

Introducción

A mi parecer, el trabajo visto desde la vida práctica trasciende de ser meramente una actividad o una acción. Esto me ha llevado a preguntarme ¿qué significa trabajar?, ¿qué lugar ocupa el trabajo en los seres humanos? y ¿en qué escenarios es o no más gratificante trabajar? Por tal razón, motivada por experiencias personales con la vida laboral, me he interesado en pensar el trabajo desde una perspectiva filosófica, pues si bien he tenido la oportunidad de laborar de manera informal y formal¹, trabajar para vivir no me satisfacía, pues creía que lo realizaba de una forma meramente mecánica.

En el fondo realmente no comprendía la finalidad de trabajar y con esa inquietud latente me encontré con la filósofa francesa Simone Weil, con su vida y obra, en la cual no hay diferencia entre el pensar y el hacer, pues era una mujer que vivía como pensaba y practicaba así mismo sus ideas filosóficas en su cotidianidad de manera estricta. La vida y obra de Weil debe considerarse como una sola, ya que poder reflexionar de la manera como ella lo hizo en su corta vida se debe a que siempre relacionó lo que pensaba con lo que vivía. El tema del trabajo no fue una excepción a esto, pues su experiencia personal fue decisiva para forjar sus pensamientos y sus acciones al respecto:

Si este tema [el trabajo] es, ciertamente, constante en sus preocupaciones y central en su trayectoria vital e intelectual, ello se debe a la particular relación que se establece entre su vida y su obra, relación que condiciona la radical vinculación a la experiencia que define su idea de lo que es la filosofía —orientación hacia la verdad propia de la

¹ Entiéndase como trabajo informal aquel en el que no se cuenta con ningún contrato legal; y trabajo formal como aquel que sí cuenta con un tipo de contrato. En mi caso, trabajé de manera formal e informal con el fin de cubrir gastos de la universidad y personales antes de tener una profesión.

actitud y el comportamiento de quien decide aferrarse a la realidad. (Revilla, 2000, p. 116)

Ante tal admiración que despertó en mí, quise indagar en su pensamiento de una manera más profunda, especialmente sobre la noción de trabajo. Mi interés en esta investigación es escudriñar los pensamientos *weilianos* acerca de la noción de trabajo, para encontrar respuestas a las preguntas anteriormente mencionadas.

Su vida cotidiana y su tiempo como obrera impactaron de manera importante su pensamiento, pues a pesar de tener ideas sobre la condición obrera previas a su experiencia en la fábrica, se evidenció posteriormente una evolución mucho más real. Nunca se limitó a denunciar las injusticias sociales, a teorizar sobre el trabajo o contar experiencias de otros, sino que ella misma quiso vivirlo. Fue así como en 1934, mientras enseñaba en varios *lycées*, solicitó un año sabático para irse a trabajar a las fábricas: primero laboró en la prensa de Alstom en París, luego en la línea de montaje de Carnaud et Forges de Basse-Indre y en junio del siguiente año operó una fresadora en la fábrica de Renault. A pesar de saber que podía mantenerse como una activista sin involucrarse de manera experiencial a las condiciones de un obrero, aun así quiso hacerlo. Y, como docente, como obrera, incluso con un estado de salud muy delicado, siguió pensando y escribiendo sobre cuestiones sociales y políticas que hoy en día continúan siendo relevantes. No obstante, en ninguna de sus obras ella escribió explícitamente sobre el trabajo, aunque sí reflexionó constantemente sobre ello y de manera implícita lo dejó plasmado en sus escritos. Eso fue lo que me impulsó a rastrear su noción de trabajo en su vida.

Simone Adolphine Weil nació en París el 3 de febrero de 1909 y murió a sus 34 años. Aunque tuvo una corta vida, como lo mencionaba anteriormente, su obra y legado fueron amplios, por tal razón para entender de mejor forma su pensamiento es importante identificar

ciertas etapas en su vida y obra. De acuerdo con Rozelle-Stone y Davis (2021) su pensamiento se puede dividir en tres periodos, con el fin de dar cierto orden y estructura al artículo y de comprender el desarrollo personal e intelectual de la filósofa francesa. Igualmente, esta tesis seguirá la misma periodización: desde 1925 hasta 1934 (temprano), desde 1935 hasta 1939 (medio) y desde 1939 hasta 1943 (tardío).

Conforme a lo anterior, para poder contrastar la noción de trabajo en el desarrollo de su pensamiento y de su vida en esta tesis se analizan dos de sus obras: del periodo inicial *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* (escrito en 1934) y de la etapa final *Echar raíces* (escrito en 1943). En *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* “Weil presenta tanto un resumen de su pensamiento inicial como una prefiguración de los elementos centrales de su trayectoria temática” (Rozelle-Stone y Davis, 2021) y en *Echar raíces* deja por escrito sus pensamientos finales, fuertemente influenciados por sus experiencias místicas. Así, “*Echar raíces* es la expresión más completa de su pensamiento social” (Miles, 2005, p. 58) además de ser el último libro que escribió Weil al final de su vida.

Ambos libros son muy importantes para cada etapa, pues logran reunir los pensamientos más importantes de Weil, sobre todo respecto al tema del trabajo. Ahora bien, sería interesante revisar la noción de trabajo en uno de sus libros de la etapa media, como la recopilación de sus diarios en *Ensayos sobre la condición obrera*. Sin embargo, estos no son estrictamente filosóficos y, por cuestiones de extensión, abarcar otra obra en esta tesis sobrepasa los alcances de esta investigación.

Puntualmente, en cuanto a la cuestión del trabajo, a lo largo de la vida y obra de Weil no se entiende a simple vista cuál es su noción de trabajo, si es una sola o se pueden evidenciar más, y si se trata o no de una evolución en su pensamiento. Por tal razón, el

objetivo general de esta tesis es realizar una revisión de la noción de trabajo en el pensamiento de Simone Weil a través de sus obras *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* (escrito en 1934) y *Echar raíces* (escrito en 1943) con miras a examinar si hubo una transformación de la noción de trabajo en estos libros.

Para lograr este objetivo la tesis se divide en tres capítulos. En el primero se realiza una revisión sobre la noción de trabajo en la obra *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Para esto se presenta la obra, desde el contexto en la vida de Simone Weil y en el momento histórico que vivía Francia. Asimismo, se sintetizan sus ideas centrales y su estructura exponiendo los conceptos que se identifican como los más relevantes de la obra y que están directamente relacionados con la noción de trabajo, a saber: opresión y libertad. Para abordar la noción de trabajo se incluye la materia como condición de posibilidad de éste y luego se expone la forma en la que aparece la noción de trabajo en el concepto de opresión y libertad respectivamente. Finalmente, a la luz de lo anterior se presentan dos caracterizaciones de trabajo en este primer libro: trabajo material y trabajo libre.

En el segundo capítulo se hace una revisión sobre la noción de trabajo en la obra *Echar raíces*. Al igual que en el capítulo anterior, se presenta y contextualiza la obra. Luego, se abordan los conceptos libertad, obediencia, verdad y espiritualidad del trabajo; que resultan relevantes para explicar lo que Weil entiende por trabajo. Posteriormente, se explica la forma en la que aparece la noción de trabajo en los conceptos mencionados. Y, finalmente, se presenta una caracterización inicial de trabajar que conduce a la noción de trabajo físico y, posteriormente, se presenta la noción de trabajo libre.

En el tercer capítulo se establece una comparación de la noción de trabajo en ambas obras a la luz de una perspectiva teológica del trabajo físico. Esta perspectiva permite articular las nociones de trabajo que se encontraron en cada libro y que se expusieron en los dos primeros capítulos respectivamente. Primero, se presenta el trabajo físico como aquella noción que permite articular las otras caracterizaciones de trabajo que se encontraron a partir de su raíz y finalidad teológica. Posteriormente, se analiza en detalle la relación entre la noción de trabajo físico y el trabajo material en virtud de la materia como condición de posibilidad del trabajo. Más adelante se profundiza en la conexión entre la noción de trabajo físico y la de trabajo libre. Finalmente, se interpreta que desde un punto de vista teológico las nociones de trabajo rescatadas en las obras de Simone Weil se articulan por medio del trabajo físico, que dirige el trabajo hacia un fin espiritual y, de esta forma, el trabajo físico se convierte en un camino de redención del hombre.

Por último, en las conclusiones se hace un recuento de los puntos más relevantes de la tesis como respuesta al objetivo planteado y se sugiere un futuro camino investigativo que consiste en contemplar el pensamiento de Simone Weil en el marco de la antropología filosófica.

Capítulo I

Revisión de la noción de trabajo en *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*

Cita de Marco Aurelio al inicio del libro: “*El ser dotado de razón puede hacer de cualquier obstáculo materia de su trabajo, y sacar partido de ello*” (como se cita en Weil, 1995, p. 43).

En el presente capítulo se hace una revisión de la noción de trabajo en el libro *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* de Simone Weil. Para ello, en primer lugar se presenta la obra en el marco histórico en el que se encontraba Francia en ese entonces, se ubica de manera más específica en la vida de Simone Weil y se sintetizan las ideas centrales y la estructura del libro. En segundo lugar, se analizan tres conceptos que están directamente relacionados con la noción de trabajo a lo largo del libro: materia, opresión y libertad. Se explica de qué manera aparece la noción de trabajo en cada uno de estos conceptos. En tercer lugar, aunque en este libro Weil no define de manera explícita qué es el trabajo, a partir del análisis realizado se pueden rescatar dos nociones de trabajo que se desarrollan en el último apartado del capítulo: el trabajo material como forma de relacionamiento del hombre con el mundo y el trabajo libre como aquel en el que las acciones laborales proceden de un juicio previo en el pensamiento del trabajador.

1. Presentación de la obra

Durante la década de 1930 en Francia se vivieron las consecuencias de la Gran Depresión, la crisis económica de 1929 que generó caídas drásticas en la producción,

desempleo, deflación y desprendió una crisis social y cultural que afectó seriamente a distintos países, desde Estados Unidos hasta naciones europeas como Alemania, Reino Unido y Francia (Romer y Pells, 2021). Aunque inicialmente la situación en éste país fue diferente y menos crítica, hasta el punto de parecer inmune a la situación que devastaba a Europa, en 1931 con la devaluación de la libra esterlina los impactos de la crisis se empezaron a vivir, ya que se generaron tensiones sobre la moneda francesa. Francia quería mantener el patrón de oro con un franco fuerte así como también buscaba cierta estabilidad monetaria y la condonación de las deudas derivadas de la Primera Guerra Mundial, pero la decisión de Gran Bretaña de devaluar la libra esterlina afectó gravemente a varias naciones, entre ellas Francia, y a partir de allí se derivó una crisis económica que afectó otros sectores de la sociedad (Martín-Aceña, 2011, p. 23).

Adicionalmente, se desató la crisis política que se venía gestando desde el final de la Primera Guerra Mundial, cuando se empezó a percibir la inestabilidad de la Tercera República Francesa que generó una inestabilidad gubernamental. En 1932 el líder radical Édouard Herriot volvió al cargo de primer ministro con el apoyo del partido socialista, sin embargo a pesar de sus esfuerzos por superar la crisis, los años siguientes alteraron gravemente la situación del país. La crisis social y económica, el ascenso de Hitler a la cancillería en enero de 1933, los disturbios de 1934 y los escándalos político-económicos acentuaron la dura realidad de la nación, palpable en la clase media, en los obreros que servían como soporte del país (Weber *et al.*, 2022).

En medio de esta situación y contexto histórico Simone Weil vivió y desarrolló su pensamiento, que dejó plasmado en diversas obras como la que se analiza en este capítulo: *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Este libro lo terminó de escribir en 1934 pero, como la mayoría de sus escritos, fue una publicación póstuma en el año

1955. Así, esta obra corresponde a la primera etapa de su pensamiento que se caracterizó por su formación filosófica, influenciada por su profesor Alain (seudónimo de Émile Chartier) en el Lycée Henri IV y posteriormente en la École Normale Supérieure; por su labor docente en varios liceos franceses hasta el año 1934, cuando decidió trabajar en las fábricas de París; y por su constante actividad sindicalista (en 1931, por ejemplo, dirigió una manifestación de obreros desempleados; asimismo, organizó diversos cursos con el fin de educar y concientizar a los obreros, como el “Grupo de educación social” (Lammertyn, 2004)). Esa primera etapa de su pensamiento concluyó con la redacción de este libro.

Si bien es cierto que fue “la obra quizá más valorada por ella misma y que supone un momento decisivo de inflexión en sus planteamientos” (Revilla, 2000, p. 116), este libro recoge varias ideas que Simone Weil manifestó en publicaciones anteriores, principalmente en sus artículos de la revista *La Critique Sociale*.² De esta forma, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* “presenta tanto un resumen de sus primeros pensamientos como una prefiguración de los elementos centrales de su trayectoria temática” (Rozelle-Stone y Davis, 2021).

A grandes rasgos, el propósito del libro es “captar el mecanismo de la opresión en las condiciones materiales de la organización social” (Gómez, 2015, p. 329). Al hacerlo la autora investiga las causas de la opresión, reflexiona sobre una hipotética sociedad libre y propone enfocarse en el hombre en tanto individuo. En cuanto a su estructura, el texto se divide en cuatro apartados principales, además de la introducción y la conclusión: “Crítica al marxismo”, “Análisis de la opresión”, “Bosquejo teórico de una sociedad libre”, “Esbozo de la vida social contemporánea”.

² “Réflexions sur la guerre” publicado a finales de 1933, “Un soulèvement prolétarien à Florence” y “Reseña de Karl Marx (Otto Rühle)” en 1934.

En la primera parte Weil critica fuertemente el marxismo, principalmente porque aunque Marx manifestó que el mecanismo capitalista es un método inherentemente opresivo, no demostró de qué manera podría dejar de funcionar y, en segundo lugar, porque Weil rechaza cualquier propuesta de revolución como “inmanente o determinada” (Rozelle-Stone y Davis, 2021). Sin embargo, se sirve de la idea de Marx sobre la materia como base de la naturaleza y la sociedad para sustentar las ideas más importantes de la obra y de su pensamiento. Posteriormente, en “Análisis de la opresión” la autora busca conocer lo que une la opresión con el régimen de producción, con la finalidad de captar el mecanismo de opresión. Al hacerlo reflexiona y cuestiona la carrera por el poder, la fuerza y la idea de progreso. Más adelante, en el tercer apartado la filósofa francesa indaga sobre las condiciones de una sociedad libre. Hace referencia a las condiciones de existencia del hombre, a las necesidades que le impone la naturaleza y a la materia como medio de trabajo. Para ella, la libertad del hombre se encuentra en la relación entre el pensar y el actuar, es decir, el hombre libre es aquel cuyas acciones proceden de un juicio previo. A partir de allí, en el cuarto apartado Weil critica la colectividad en contraste con la individualidad del hombre; una colectividad ciega que ha nublado la capacidad de pensar de cada ser humano. Por último, el libro finaliza con un llamado a que la capacidad individual de pensar y de actuar sea mayor hasta que prevalezca sobre la máquina social y la colectividad.

2. Conceptos relevantes para explicar la noción de trabajo

En *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* se presentan varios conceptos que están directamente relacionados con la noción de trabajo que Weil desarrolla en el libro, a saber: materia, opresión y libertad. Ahora bien, ni la noción de trabajo ni estos conceptos son categorizados propiamente, es decir, no se definen o caracterizan

claramente en un apartado, sino que se exponen y se relacionan entre sí a lo largo de toda la obra. Esto se debe, en gran parte, al “rechazo de Weil por la sistematicidad y el desarrollo de conceptos” (Rozelle-Stone y Davis, 2021). No obstante, con el fin de analizar la noción de trabajo en este libro, a continuación se caracteriza el concepto de materia brevemente, y de opresión y libertad de manera más amplia, que también son las nociones más relevantes a lo largo de todo el texto, como el mismo título lo sugiere.

Materia

En Weil se identifica la materia como condición de posibilidad del trabajo. La materia es inerte y pasiva, y corresponde a esa la realidad objetiva que no requiere del hombre para existir (Weil, 1995, p. 79). No obstante, por sus mismas características, necesita de un agente externo que la transforme. En este sentido, el hombre se relaciona con ella mediante su experiencia y actúa como ese agente externo que transforma la materia para adaptarla a sus propias necesidades (Weil, 1995, p. 60). Esta transformación es exclusiva del hombre porque encarna en la materia ideas humanas. Por ejemplo, la fabricación de una herramienta a partir del tronco de un árbol.

Cómo aparece la noción de trabajo en el concepto de materia

Para Weil “[l]as propiedades de la materia ciega e indiferente sólo pueden adaptarse a los fines humanos mediante el trabajo” (Weil, 1995, p. 60). Por lo tanto, se puede decir que la materia se convierte en condición de posibilidad del trabajo del hombre.

Es por esto que Weil retoma la idea de Marx sobre cómo en la sociedad, así como en la naturaleza, todo se efectúa por transformaciones y condiciones materiales que determinan nuestras posibilidades de acción (Weil, 1995, p. 53). Estas transformaciones materiales se

han dado por el hombre mediante tres etapas. Una inicial parece ser de descubrimiento y atención hacia un área específica que merece sus esfuerzos, es decir la selección de un lugar conveniente que brinde buenas energías y le aseguren la continuidad de utilización de los materiales. La segunda etapa, el maquinismo, se establece como una relación más allá de inmovilidad, se trata de crear situaciones para asegurar el movimiento, de modo que el hombre combina los elementos brindando una apariencia de variedad. Y, finalmente, la tercera etapa consiste en dar la confianza a una máquina de realizar una operación o varias operaciones dentro de lo programado y limitado por el hombre. Es decir, si bien puede usarse indefinidamente esta técnica automática, siempre se comportará bajo los límites establecidos por el hombre, ya que las condiciones de la existencia humana tiene imprevistos que requieren de acción del hombre (Weil, 1995, pp. 60-62).

De este modo, el hombre trabaja la materia, es decir, le confía parte de su esfuerzo a la vez que usa de ella sus propiedades para obtener los resultados que desea sin depender de la energía que proporcionan algunos fenómenos naturales y de tal manera que pueda usarla y adaptarla en cualquier momento para sus necesidades. La relación entre el hombre y la materia puede ser tan estrecha que a partir de ésta el hombre genera algo nuevo, una producción con sus propias manos y su esfuerzo (Solís, 2017, p. 18). Esto resulta fundamental para esta investigación porque a partir de aquí se puede articular una noción de trabajo en el pensamiento de Simone Weil. Esta noción, como se desarrolla al final de este capítulo (Capítulo 1, 3. Noción de trabajo), es una concepción material de la noción de trabajo, la cual se considera base fundamental para comprender el lugar de este en la relación del hombre con el mundo.

Opresión

La opresión es uno de los principales conceptos en la obra de Weil, puesto que ella busca investigar sus causas y “conocer lo que une la opresión, en general, y cada forma de opresión, en particular, al régimen de producción; dicho de otro modo, se trata de llegar a captar el mecanismo de la opresión” (Weil, 1995, p. 67). Así, Weil, en su compromiso por la condición de la clase obrera del momento, incurre en realizar un análisis de lo que ha representado la opresión en la sociedad.

Ahora bien, lo novedoso de la postura de Weil ante la opresión es que ella no busca oponerse ante el poder de los opresores por medio de la fuerza armada o de una reprobación expresa, intentos que han fracasado a lo largo de los años, sino que ella pretende captar el mecanismo de la opresión como tal, a la vez que busca identificar el papel del hombre en este mecanismo. Es decir, para Weil es importante repensar el mecanismo de la opresión porque, a pesar de las diferentes revoluciones que se han dado, en ninguna se ha brindado la liberación a las clases obreras (Weil, 1995, p. 47).

Es así como la filósofa francesa explica cómo el marxismo, sus concepciones y sentimientos revolucionarios parecen ofrecer una luz y una salida a la opresión. Sin embargo, Weil evidencia que Marx, a pesar de haber dado cuenta del mecanismo de la opresión capitalista, no mostró cómo podría dejar de funcionar este mecanismo:

En realidad, Marx da cuenta admirablemente del mecanismo de la opresión capitalista, pero lo hace sin mostrar apenas cómo este mecanismo podría dejar de funcionar. De ordinario, no se considera de esta opresión sino el aspecto económico, es decir, la extorsión de la plusvalía. (Weil, 1995, p. 42)

Por tal razón, el mecanismo de la opresión queda sin cuestionarse completamente, a lo que Weil considera que la opresión no se puede suprimir si subsisten las causas que la hacen inevitable, y estas causas yacen en condiciones materiales de la organización social (Weil, 1995, p. 67). En otras palabras, incluso si el método capitalista se llegara a abolir, si se realizara una transformación económica, la opresión seguiría existiendo porque sus causas no son económicas sino sociales, específicamente sobre la manera en la que está organizada nuestra sociedad, donde unos dirigen a otros y siempre hay una condición de actividad servil. De algún modo, es “ilusorio el pensar que la opresión vaya a desaparecer junto con el capitalismo, es decir a través de una transformación política y jurídica del orden imperante” (Dolby, 2002, p. 80). La solución debe ser más profunda, hay que ir más allá; por eso Weil insiste en llegar a captar el mecanismo de la opresión. La crítica de la autora al marxismo abarca varios aspectos que son desarrollados a lo largo de la obra, principalmente en la primera sección del libro (Weil, 1995, pp. 46-67).

Al analizar las causas de la opresión, la filósofa reconoce que son muy pocas y raras las formas de organización social libres de ella. Se trata de aquellas en las que el nivel de producción es muy bajo, donde prácticamente la división del trabajo es desconocida (Weil, 1995, p. 73). Por ejemplo, una huerta orgánica tiene baja producción porque se espera el ciclo biológico para cosecharse y no se usan pesticidas o fertilizantes artificiales en su proceso. Es una labor usualmente comunitaria, no obstante los huerteros no realizan una sola actividad sino que pueden realizarlas todas, pues tienen el conocimiento apropiado sobre la totalidad del cultivo y sus necesidades. La división del trabajo en este caso es casi invisible porque la misma persona puede hacerse cargo de preparar el terreno, germinar las semillas, sembrarlas, regarlas, preparar los biofertilizantes y abonos, deshierbar, podar cuando sea necesario y, en caso de que necesite tutor la planta, colgarla; además pueden encargarse del área comercial y contable de la huerta como rol y no como la única actividad a la que se dedica.

De esta forma, incluso en el ejemplo anterior se evidencia una división del trabajo, así sea mínima; de ahí que Weil considere que en la mayoría de las formas de organización social la opresión esté presente hasta el punto en el que acompaña las formas más elevadas de economía de manera más drástica (Weil, 1995, p. 73). Si bien se puede pensar que el hombre pasó de ser esclavo de la naturaleza a dominarla, que pasó de obedecerla a tener control sobre ella, esto es sólo una apariencia, dice Weil, pues “la acción humana continúa siendo, en general, pura obediencia al aguijón brutal de una necesidad inmediata, sólo que, en adelante, en lugar de estar acosado por la naturaleza, el hombre está acosado por el hombre” (Weil, 1995, p. 75). Ese acoso se evidencia en la división del trabajo, donde el obrero obedece a un superior que lo presiona.

Aun así, la presión de la naturaleza se sigue sintiendo, pero a través de la fuerza, que conceptualmente es distinta a la opresión. Al respecto, Weil sostiene que “no es el modo en el que se hace uso de una fuerza cualquiera lo que determina si es opresora o no, sino su naturaleza misma” (Weil, 1995, p. 75). Por eso, en el desarrollo de la vida del hombre surgen fuerzas que se interponen entre él y sus condiciones de existencia. Y, por si fuera poco, a la desigualdad que generan estas fuerzas se suma la lucha por el poder; una carrera que esclaviza tanto a los poderosos como a los débiles (Weil, 1995, pp. 80-81).

Aunque el marxismo expone punto a punto la esclavitud capitalista, no brinda un esquema en donde la opresión pueda desaparecer; de allí el problema de la necesidad de la opresión en las formas de organización social que se han presentado a lo largo de la historia. Más aún, el marxismo también mantiene la opresión, ya que subordina a los hombres al progreso histórico, es decir, al progreso en la producción (Solís, 2017, p. 20). Es por esto que la autora insiste en “plantear una vez más el problema fundamental, a saber, en qué consiste la relación que, hasta ahora, parece unir la opresión social y el progreso en las relaciones del

hombre con la naturaleza” (Weil, 1995, p. 94). Incluso con el progreso, el hombre parece seguir en su condición servil frente a la naturaleza y las fuerzas que lo rodean, sólo que ahora esa condición se ha transferido a la sociedad en la que vive. En otras palabras, al intentar aliviarse de las fuerzas de la naturaleza, inevitablemente sobrecarga su opresión social.

Cómo aparece la noción de trabajo en el concepto de opresión

La noción de trabajo aparece en el tratamiento del concepto de opresión cuando Weil critica fuertemente la racionalización del trabajo, específicamente la división del trabajo. La racionalización del trabajo consta de tres factores de ahorro: la concentración, que consiste en la disminución de gastos generales; la coordinación, que integra distintos esfuerzos y acciones; y, la división del trabajo, que junto con la coordinación posibilita la realización de obras colosales, así como por sí sola tiene otros efectos (Weil, 1995, pp. 58-59). Para Weil, específicamente la división del trabajo es la base de nuestra cultura, una cultura de especialistas donde los que ejecutan se ven sometidos a quienes coordinan, y “sobre esta base sólo se puede organizar y perfeccionar la opresión, no aliviarla” (Weil, 1995, p. 49).

Para empezar, Weil se adhiere a la crítica que hace Marx de la división entre trabajo manual e intelectual, donde los trabajadores manuales se incorporan como engranajes vivos al proceso de producción (Weil, 1995, pp. 48-49). En el trabajo manual, por un lado, las personas se ven subordinadas a realizar solamente lo que se les asigna, sin tener pleno conocimiento del valor de su trabajo en el proceso de producción. Por ejemplo, en el cultivo de flores contemporáneo, ese que se hace en los grandes invernaderos en altiplano cundiboyacense, hay distintos operarios según cada etapa del proceso de producción, desde la cosecha y la clasificación de las flores hasta su empaque y transporte. Un operario que se desempeña en el cultivo tiene como única función cortar la flor y no tiene conocimiento de qué pasa con ella posteriormente o la importancia de su trabajo en el proceso. Cada día

realiza su tarea asignada que es tomar la rama y cortar la flor, una y otra vez durante toda su jornada, hasta llegar a cortar 5.880 flores al día aproximadamente. Contrario a eso, en el trabajo intelectual se encuentran las personas que conocen el método y el proceso, y a partir de allí distribuyen o imponen las tareas y las pautas sobre quienes lo realizan. Como es el caso del gerente que se encarga de planear, dirigir y monitorear las áreas de producción y poscosecha del cultivo, de modo que se cumplan los procesos de producción para el cumplimiento de las metas de la productividad.

Los trabajadores que se encargan del corte son fácilmente reemplazables, ya que no desempeñan una función que incluya pensar o resolver, sino que es una actividad completamente mecánica y habitual. En contraste, el gerente que les asigna las tareas y metas, sí conoce el proceso de producción y la importancia de la productividad.

El problema del trabajo manual no radica en su existencia, sino que se restringe solamente a ser parte del proceso sin tener la oportunidad de desarrollar a su vez un trabajo intelectual para brindar soluciones que pudiese pensar. Adicional a ello, esta división implica estricto cumplimiento a las reglas, sin espacio para opinar, pensar o reflexionar sobre las órdenes que se le asignan al trabajador. Esas órdenes, entonces, llevan al trabajador a callar y obedecer, lo que lo lleva a abandonar su pensamiento en el trabajo (Romano, 2018, p. 307). De allí que el obrero cumpla estrictamente sin seguir alguna lógica, pues tiene temor a ser despedido, y en este proceso entiende que puede ser perfectamente reemplazable, por lo cual incluso tenga agradecimiento de ser quien está ahí y no otra persona. Por eso, el trabajador asume su labor con resignación y vive su trabajo sólo con la necesidad de recibir y cumplir órdenes (Romano, 2018, p. 308). El trabajo, así, no se realiza con la orgullosa conciencia de ser tener una finalidad, sino con el sentimiento humillante de poseer, sólo por el hecho de disfrutar, sencillamente, de un puesto de trabajo, “un privilegio concedido por un pasajero

favor de la suerte, privilegio del que están excluidos muchos seres humanos” (Weil, 1995, p. 43).

Este problema se acentúa cada vez más a medida que el trabajo se divide en tareas más especializadas. Es decir, no sólo en trabajo manual e intelectual, sino en distintas tareas en cada uno. Para continuar con el ejemplo del cultivo de flores, hay diferentes trabajadores manuales que se especializan según sus tareas, algunos en cultivarlas y cosecharlas, otros en seleccionarlas y empaclarlas, y finalmente quienes se encargan de transportarlas.

Por esta razón, afirma Abad, “solamente borrando precisamente la división entre trabajo intelectual y trabajo manual podríamos reconvertir un espacio de opresión en un espacio de libertad, allí donde se lleve a cabo la perfecta unión de la libertad y la necesidad” (Abad, 2016, p. 25). Eliminar esta distinción implica entablar cierta conjunción entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, es decir, devolverle al hombre el pensamiento en toda su amplitud en sus labores físicas, así como también devolverle el trabajo manual por el cual tiene un contacto directo, real y palpable con el mundo (Solís, 2017, p. 16). Al hacerlo, se mejoran las condiciones del trabajador e incluso se aproxima a una mayor libertad, como veremos en el siguiente apartado.

Libertad

En *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* Simone Weil sostiene que el hombre está llamado a la libertad naturalmente, aun cuando las condiciones que le brinda la naturaleza son más clementes o severas. Por esta razón, nada en el mundo “puede impedir al hombre sentir que ha nacido para la libertad” (Weil, 1995, p. 100). Incluso cuando la naturaleza parece brindar las condiciones de existencia, no por ello subordina al

hombre a ellas, pues él tiene la capacidad de reflexionar y liberarse si es el caso de estas condiciones con una coherencia entre su pensar y actuar, una coherencia basada en la reflexión de cada individuo y su libertad deseada.

Se puede pensar que la libertad del hombre es individual, en la medida en que es diferente en cada persona. Así, por ejemplo, no es la revolución la que dará libertad a la clase obrera, sino la idea de libertad que tiene esa clase obrera, pues no hay un estado de las cosas en las que el hombre obtenga lo que desea o necesita con tan poca fatiga como desea (Weil, 1995, p. 101).

Ahora bien, respecto a la relación de servidumbre e incluso esclavitud que parece tener el hombre con la naturaleza, Weil aclara que el problema yace en ver el mundo exterior como fuente de poder que hace que un hombre pueda esclavizar a otro. De tal manera, la naturaleza no es la que esclaviza, sino la forma en la que el hombre usa ese mundo exterior para tener poder sobre otros hombres. Pues, “[l]a materia puede contradecir las previsiones y arruinar los esfuerzos: hecha para ser concebida y manejada desde fuera, no permanece inerte; pero jamás podrá ni penetrar ni manejar desde fuera el pensamiento humano” (Weil, 1995, p. 115). Y, cuando esto ocurre, cuando la voluntad del hombre ya no depende de él sino de otros que ejercen poder sobre él, entonces su vida escapa también de sus manos y de su propia inteligencia. Allí ya no hay libertad.

Si bien la libertad es un ideal del hombre, este ideal debe permanecer y conectarse con la realidad, pues no se puede adjudicar a un tercero que la brinde como un regalo. Así, Weil expone un ideal de libertad, pero no con el fin ni la esperanza de alcanzarla, sino “de alcanzar una libertad menos imperfecta que la de nuestra condición actual” (Weil, 1995, p. 100). Por esta razón, es fundamental la autocomprensión del hombre para saber a qué *libertad imperfecta* desea llegar, que no permanezca en un sueño inalcanzable, pero que tampoco

implique obtener el bienestar sin ningún esfuerzo, no sólo porque las mismas fuerzas de la naturaleza lo impidan; sino también porque el hombre necesita de esos obstáculos exteriores para esforzarse y así crecer en disciplina (Weil, 1995, p. 101).

De esta forma, la libertad no puede entenderse como ausencia de necesidad (Weil, 1995, p. 102). Por ejemplo, un mecánico podría aspirar a una libertad menos imperfecta no porque no tenga vehículos por reparar, pues es su profesión y debe realizarla para cubrir sus necesidades vitales y de bienestar; sino en la medida en que pueda realizar menos reparaciones o al ritmo ideal para él, donde pueda tomar conciencia de cada una de las actividades y así integrar el pensar con el actuar.

Con esto en mente, Weil expresa que la libertad está en la relación entre el pensar y el actuar:

La libertad verdadera no se define por una relación entre el deseo y la satisfacción, sino por una relación entre el pensamiento y la acción; sería completamente libre el hombre cuyas acciones procediesen, todas, de un juicio previo respecto al fin que se propone y al encadenamiento de los medios adecuados para conducir a este fin. (Weil, 1995, p. 102)

En otras palabras, si bien el hombre tiene la posibilidad de ser libre, no solamente necesita desearlo, sino que requiere de una claridad en su pensar y una reflexión de sí mismo para saber y encaminar sus acciones hacia la libertad que desea. Idealmente, la verdadera libertad consiste en que el hombre, por obra de su pensamiento, determine sus condiciones de existencia. No obstante, dado que el hombre no tiene tal poder divino, “esta libertad es sólo un ideal y no puede encontrarse en una situación real” (Weil, 1995, p.105) pero, le sirve al hombre para percibir qué lo separa de ese ideal y cómo puede acercarse a él. Como se

expone a continuación, la libertad a la cual el hombre puede aspirar en su trabajo se encuentra en que sus acciones procedan de su pensamiento.

Cómo aparece la noción de trabajo en el concepto de libertad

Como se dijo anteriormente, el hombre debe tener en cuenta la libertad que puede ser alcanzada, es decir, aquella que se plantea con miras a un ideal de libertad, pero que se sitúa en sus condiciones para buscar alcanzar una libertad menos imperfecta que la actual. A pesar del deseo del hombre de desaparecer totalmente la necesidad de una presión, ésta no será eliminada en un instante, por esta razón se busca alcanzar una libertad menos imperfecta (Weil, 1996, p. 100).

No obstante, este sentimiento de libertad debe mantener una cierta coherencia entre el actuar y el pensar, porque a pesar de liberarse de cierta manera de una opresión suscita un desorden que lleva al hombre a encontrarse de nuevo bajo el yugo. En el caso del trabajo el obrero sólo será libre, entonces, si es coherente la actividad que está realizando con su pensar; si sus acciones laborales proceden de un juicio previo. Así, un trabajo libre es también digno e incluso auténtico, ya que el pensamiento y su ingenio entran en juego; en definitiva, es un trabajo que une el pensamiento y la acción (Romano, 2018, p. 318) Esta coherencia parte de un pensar, es decir, incluso si hay condiciones naturales que facilitan o hacen más áspero el trabajo, no se puede reducir la libertad a un nulo esfuerzo.

Weil no considera que en el trabajo las acciones específicas sean importantes en sí mismas, sino la capacidad que tiene el hombre de disponer de su propia facultad de actuar. Los seres humanos tienen un tejido de necesidades que deben atender y son esas necesidades las que impulsan a tener juicios de manera objetiva sobre una situación.

Pensar, según Weil, brinda no solamente la posibilidad de un trabajo libre sino además la concepción de trabajo como valor humano, y desde esta perspectiva ella considera que la colectividad no piensa o no permite al hombre, en tanto individuo, pensar por sí mismo. Esta colectividad se puede interpretar como un pensar ciego, “porque el pensamiento no se forma sino en un espíritu que se encuentra solo frente a sí mismo; las colectividades no piensan en absoluto” (Weil, 1995, p. 117). El hombre cuando cede la función de coordinar y dirigir a una máquina se convierte en una pieza del proceso. Los papeles se invierten de tal manera que el hombre no piensa de manera razonable y por sí mismo en cuanto a lo que está produciendo, sino que desarrolla esta actividad de manera colectiva.

Para lograr el ideal de libertad se debe, entonces, considerar al hombre como individuo y con su esfuerzo con pleno conocimiento. “Lo que sabemos de antemano es que la vida será menos inhumana en la medida en que la capacidad individual de pensar y de actuar sea mayor” (Weil, 1995, p. 149). Es decir que cada ser humano tome por sí mismo un sentido y valor bajo sus propios ojos y de esta manera se brindará un valor humano al trabajo. No obstante además de ofrecer valor humano se adquiere una responsabilidad individual y se puede llegar a una acción razonable contraria a una colectividad que se libra de la responsabilidad y oprime al prójimo.

De modo que cuando Weil se interesa por la clase obrera del momento, e incursiona en el mundo de los sindicatos y de la indagación de las condiciones laborales en las fábricas, identifica que el obrero sigue un método automático de su función en el trabajo. El obrero realiza su función una y otra vez, sin comprender lo que hace, pues se encarga de ejecutar sus actividades sin siquiera saber para qué: “De ahí que uno se encuentre en una situación paradójica, a saber, que hay método en los movimientos del trabajo pero no en el pensamiento del trabajador” (Weil, 1995, pp. 110-111). Cuando un obrero, por ejemplo,

desarrolla su actividad de ensamblaje habitual y cotidiano repite movimiento tras movimiento a tal punto que solo cumple con el método automático de su trabajo, sin posibilidad de sentir o pensar en algo más; solo calla y obedece. O, para retomar el ejemplo del cultivo de flores, cuando el operario corta la flor, conoce la forma correcta de hacerlo, pero lo realiza de una manera mecánica y habitual que no le permite pensar en algo más.

El progreso de la técnica y la producción en serie reducen cada vez más a los obreros a un papel pasivo; en una proporción creciente y en una medida cada vez mayor, adoptan una forma de trabajo que les permite llevar a cabo las acciones necesarias sin concebir la relación con el resultado final. De lo anterior que la forma en la que el trabajo se pueda considerar libre sea por medio de la creación de una conciencia en el obrero y así pueda desarrollar un método de pensamiento en el desarrollo de su actividad habitual como trabajador, como bien lo expresa Weil: “el único modo de producción plenamente libre sería aquel en el que el pensamiento metódico estuviese en práctica a lo largo del trabajo” (1995, p. 114). Es decir, desarrollar el método en el pensar de modo que use inteligentemente lo aplicado en el trabajo que ejecuta; en otros nuevos escenarios y situaciones.

3. Noción de trabajo

A la luz de lo anterior, se puede decir que en *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* la discusión sobre el tema del trabajo surge a partir de la militancia sindicalista de Weil y de su inquietud por escudriñar las formas en las que la opresión se da en las condiciones materiales de la organización social. La opresión, entonces, se manifiesta de diversas maneras y una de ellas es a través del trabajo, de las condiciones que viven los obreros, principalmente.

Ahora bien, por no ser el tema principal del libro, Weil no define de manera explícita qué es el trabajo. No obstante, a partir del análisis realizado se pueden encontrar varias apreciaciones que se presentan a continuación.

En primera instancia, se encontró el trabajo material como forma de relacionamiento del hombre con el mundo. Cuando Weil reflexiona sobre las condiciones materiales en las cuales está organizado el mundo, se percató de que el trabajo es la manera como se relaciona el hombre con su realidad. Ella retoma la idea de Marx sobre cómo tanto en la naturaleza como en la sociedad todo se efectúa por transformaciones materiales para ahondar en la noción de materia y tomarla como condición de posibilidad del trabajo (Weil, 1995, p. 53). Las transformaciones materiales se entienden como la manera en la que se modifica la materia. Pero, como es inerte y pasiva, no puede cambiar por sí misma, sino que requiere de un agente externo. Este agente puede ser el hombre, quien en su caso la adapta para sus necesidades al trabajarla. En otras palabras, “las propiedades de la materia ciega e indiferente sólo pueden adaptarse a los fines humanos mediante el trabajo” (Weil, 1995, p. 60).

Así, trabajar, en su forma más elemental, consiste en adaptar la materia a los fines del hombre. Y es a través de esa transformación de la materia que el hombre se relaciona con lo que lo rodea, desde elementos de la naturaleza hasta individuos de su sociedad. Entonces, el trabajo es la manera en la que el hombre se relaciona con el mundo, al menos con la naturaleza y la sociedad; “el trabajo es, para la autora, la forma específica de nuestra relación con el mundo” (Revilla, 2000, p. 112). Esta noción de trabajo, que se retoma y se discute en el tercer capítulo, la vamos a denominar *trabajo material* debido a su estrecha relación con la materia.

En segunda instancia, se llegó a una noción de un tipo de trabajo, a saber, el trabajo libre al que Weil indica se pretende llegar. La noción de trabajo no se queda como algo

exclusivamente material o mecánico, sino que se debe incluir en el proceso de pensamiento. Como bien dice, el trabajo libre se da eliminando la división entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, en una relación de total plenitud entre el pensar y el actuar, donde las acciones proceden de un juicio previo respecto al fin al que se quiere llegar. El pensamiento es lo único esencialmente individual que tiene el hombre: “el hombre no tiene nada esencialmente individual, no tiene nada que le sea absolutamente propio, salvo la facultad de pensar” (Weil, 1995, p. 17). Por esta razón, nadie ni nada puede quitarle ese control sobre su pensamiento y, por esto mismo, es allí donde puede ser plenamente libre en su trabajo.

Es importante tener en cuenta que para Weil “[e]s verdad que la eficacia de cualquier tipo de esfuerzo debe estar siempre controlada por el pensamiento, porque, en general, todo control procede del espíritu” (Weil, 1995, p. 136), de modo que el control del trabajo debe proceder del pensamiento y, por tanto, del espíritu.

Entonces, el trabajo es libre cuando se relaciona el pensamiento y la acción, es decir, cuando cada acción laboral es precedida por un juicio sobre el fin al que se desea llegar, de tal forma que tanto el fin como los medios que conducen a él se equilibren.

Para concluir este capítulo, se puede decir que el trabajo, en primer lugar, se da de manera material ya que brinda las condiciones necesarias para que el hombre transforme y modifique la materia de acuerdo con sus necesidades. Estas transformaciones permiten que el hombre se relacione con su entorno y con la sociedad en la que se encuentra. En segundo lugar, en las organizaciones sociales el trabajo se puede presentar como opresión cuando hay una división del trabajo que reduce al trabajador manual a una actividad mecánica en donde el pensamiento está completamente ausente y al trabajador intelectual a una labor desconectada de la materia. Para superar esta condición y hablar de trabajo libre la acción

laboral debe ser precedida por un juicio del pensamiento, y este pensamiento debe venir del espíritu; debe haber una coherencia entre el actuar y el pensar. Después de haber analizado la noción de trabajo en este libro, en el siguiente capítulo se estudia cómo Weil aborda el tema del trabajo en el libro *Echar raíces*.

Capítulo II

Revisión de la noción de trabajo en *Echar raíces*

Es fácil definir el lugar que debe ocupar el trabajo físico en una vida social bien ordenada. Debe ser su centro espiritual (Weil, 1996, p. 232).

En el presente capítulo se hace una revisión de la noción de trabajo en el libro *Echar raíces* de Simone Weil. Para ello, en primer lugar se presenta la obra en el marco histórico de la misma manera que la obra anterior en el contexto de la vida de Simone Weil para sintetizar las ideas centrales y presentar la estructura del libro. En segundo lugar, se analizan cuatro conceptos que están directamente relacionados con la noción de trabajo a lo largo del libro: libertad, verdad y obediencia, como las necesidades del alma que más se relacionan con la noción de trabajo, y la espiritualidad del trabajo como un concepto que Weil introduce y propone en su obra. Se explica de qué manera aparece la noción de trabajo en cada uno de estos conceptos y a la luz de la conexión por la cual fueron seleccionados. En tercer lugar, se expone una caracterización inicial de trabajo que se presenta en la obra que por sí sola no alcanza a ser una noción de trabajo, pero que conduce a la noción de trabajo físico, que consiste en poner el propio ser en el circuito de la materia para convertirse en su instrumento con la finalidad de reintegrarse a la plenitud del Bien por medio del dolor. Paralelo a ello, se encuentra la noción de trabajo libre, que radica en la libertad entendida como posibilidad de elección, la cual puede ser total en la conciencia cuando el pensamiento y la buena voluntad entran en juego.

1. Presentación de la obra

Desde que Simone Weil escribió *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* (escrito en 1934) hasta que le solicitaron que redactara *Echar raíces* (escrito en 1943) ocurrieron varios sucesos importantes en su vida que influyeron directamente su pensamiento. Aunque sus padres procedían de hogares judíos practicantes, ellos no se identificaron con esa herencia religiosa, por lo que Weil se crió en un hogar agnóstico y durante varios años no manifestó ningún interés por aproximarse al judaísmo o a otra religión (Yourgrau, 2011, p. 15). Sin embargo, la segunda y tercera etapa de su pensamiento estuvo marcada por un acercamiento al cristianismo que resultó en fuertes experiencias místicas de Weil, aunque al final de su vida no se convirtió formalmente al cristianismo.

Después de haber trabajado en las fábricas de París, en un viaje con sus padres a Portugal en agosto de 1935, ella visitó una pequeña aldea donde observó una procesión de unos pescadores que cantaban himnos muy antiguos con una gran tristeza. En ese momento tuvo su primer encuentro con el cristianismo y tuvo la convicción que ésta es la religión de los esclavos (Weil, 1973, p. 67). Dos años más tarde en la pequeña capilla de Santa Maria degli Angeli en Asís, donde San Francisco solía rezar, Weil tuvo un segundo encuentro con el cristianismo o con Cristo mismo. Allí, como ella misma lo expresó: “algo más fuerte que yo me obligó por primera vez en mi vida a ponerme de rodillas” (Weil, 1973, p. 68). Un tercer encuentro ocurrió en la primavera de 1938 cuando visitó la abadía Benedictina de Solesmes y asistió a los oficios de Semana Santa. En esa ocasión, a pesar de las fuertes migrañas que sufría, “encontró un gozo puro y perfecto en la belleza inimaginable del canto [gregoriano] y de las palabras. Esta experiencia me permitió, por analogía, entender de mejor forma la posibilidad de amar el amor divino en medio de la aflicción” (Weil, 1973, p. 68).

Esos encuentros con el cristianismo son relevantes para acercarse al pensamiento de Simone Weil, que inició con una militancia sindicalista y desembocó “en un sentimiento religioso muy personal, marcado por la espera y la gracia, pero crítico con los dogmas católicos, y con la propia institución eclesiástica” (Abad, 2016, p. 15). Sus experiencias místicas indudablemente marcaron sus reflexiones que quedaron plasmadas en sus cartas, artículos y libros. Tal es el caso de *Echar raíces*, donde sus planteamientos están dirigidos a un orden espiritual, tal vez a Dios mismo, y este carácter espiritual es lo que articula las distintas cuestiones del libro y marca hacia dónde debemos echar raíces. Es por esto que Simone Weil suele considerarse no sólo como filósofa y activista política, sino también como una mística (Bingemer, 2015)³.

Esta obra corresponde a la tercera etapa de su pensamiento y la empezó a escribir por solicitud del Consejo Nacional de la Resistencia Francesa con el fin de plasmar su visión de lo que debería ser Francia luego de la Segunda Guerra Mundial. Para ese entonces, Alemania ya había invadido Francia en 1940 y, tras esa derrota, el gobierno de Vichy promulgó una legislación antisemita mientras preparaba un programa de *arianización* en el país. De esta forma, el gobierno francés destruyó la democracia parlamentaria a la vez que limitó las libertades de sus ciudadanos (United States Holocaust Memorial Museum, 2022). Por esta razón, Simone Weil y sus padres huyeron de París en 1939 y se establecieron temporalmente en Marsella, donde Weil trabajó como granjera.

Después de un año y medio en Marsella, Weil y su familia embarcaron en el SS Maréchal Lyautey con destino a Casablanca, para esperar allí su viaje a Nueva York (Yourgrau, 2011, p. 87). Finalmente, a mediados de 1942 viajaron a Estados Unidos, un país

³ Aunque resulta interesante profundizar en las experiencias místicas de Simone Weil y en la relación de aquellas con sus planteamientos filosóficos, también resulta desafiante y excede los alcances de esta investigación que se concentra en la noción de trabajo. Para más información sobre el tema del misticismo en la vida y obra de Simone Weil ver Bengemer (2015) y García-Carpintero (2020).

que no le agradaba a Simone Weil; “era una nación, pensó, que carecía de consciencia histórica” (Yourgrau, 2011, p. 89). Su patriotismo la llevaba a querer estar en Francia luchando en la guerra, estaba dispuesta a incorporarse como soldado en las líneas francesas, pero debido a su estado de salud ese deseo no se hizo realidad. Sin embargo, a finales de 1942 pudo unirse a Francia Libre y trabajar como redactora de la resistencia desde Londres, donde vivió hasta su muerte en agosto de 1943.

Por esa razón, *Echar Raíces* es el último texto escrito por Weil, pero que ella no alcanzó a terminar; es “la edición de un manuscrito al que la autora no puso punto final” (Weil, 1996, p. 14). Fue Albert Camus quien terminó la edición francesa y se encargó de la publicación de varios de los escritos póstumos de Simone Weil. Así, *Echar raíces* fue publicado finalmente en 1949. Para Camus, este libro fue uno de los más importantes de la posguerra y un auténtico tratado de civilización.

Con el objetivo de plasmar lo que según ella debería ser la nación francesa después de la guerra, en este libro Weil presentó “un diagnóstico certero y problemático de *nuestro* desarraigo y de nuestra necesidad de *echar raíces*” (Weil, 1996, p. 14). No obstante, no planteó sólo el problema, sino que ahondó en lo que brindaría la solución a esto que considera enfermedad. Así, la forma de recuperarse es con el arraigo y nuestra necesidad de echar raíces.

A partir de allí el texto se divide en tres grandes partes: “Las necesidades del alma”, “El desarraigo” y “Echar raíces”. La primera de ellas inicia con una discusión sobre la diferencia entre derechos y obligaciones, que conduce a distinguir y enumerar 14 necesidades del alma: orden, libertad, obediencia, responsabilidad, igualdad, jerarquía, honor, castigo, libertad de expresión, seguridad, riesgo, propiedad privada, propiedad colectiva y verdad. La segunda parte trata sobre lo que para Weil es quizá “la necesidad más importante e ignorada

del alma humana” (Weil, 1996, p. 51), a saber, el desarraigo. Puntualmente, lo desarrolla en tres escenarios distintos: la ciudad (desarraigo obrero), el campo (desarraigo campesino) y la nación (desarraigo y nación). Por último, en la tercera parte Weil explora de qué forma se puede llevar a una nación y a cada uno de sus ciudadanos a restablecer sus raíces, a su necesidad de *echar raíces*.

2. Conceptos relevantes para explicar la noción de trabajo

A diferencia del libro anteriormente analizado, en *Echar raíces* se presentan algunos conceptos enunciados de manera específica. Es decir, Weil categoriza ciertas nociones, en particular las que denomina necesidades del alma. Estas son aquellas que brindan vida al alma, equivalente a lo que dan las necesidades físicas para la vida al cuerpo, y que “[n]o se las debe confundir nunca con los deseos, los caprichos, las fantasías o los vicios.” (Weil, 1996, p. 27). Al igual que en el cuerpo, en el alma también debe existir un equilibrio entre las necesidades, por eso “no sólo se cita la libertad sino también la obediencia, no sólo la igualdad sino también la jerarquía, no sólo la seguridad sino también el riesgo, no sólo el honor sino también el castigo” (Rodríguez, 2003, p. 172).

En su intento por enumerarlas y definir las, Weil distingue catorce necesidades del alma, de las cuales a continuación se presentan tres: libertad, obediencia y verdad. Éstas tres se definen en la primera parte del libro y lo largo de él Weil vuelve sobre ellas, las desarrolla con mayor profundidad y las relaciona con otros conceptos o nociones, como ocurre con la noción de trabajo. Luego de una revisión de este libro, es claro que de las catorce necesidades del alma, estas tres (la libertad, la obediencia y la verdad) son las que se relacionan de manera más directa con el tema del trabajo. Como veremos hacia el final de este capítulo, en el caso de la libertad se puede llegar a una noción de trabajo que a su vez se complementa con la

verdad. Por su parte, la obediencia permite aproximarse a la noción de trabajo físico. Ahora bien, esto no quiere decir que las once necesidades restantes no se relacionen para nada con el tema del trabajo, sino que su relevancia es menor. Por esta razón, lo que aquí se propone es un punto inicial para empezar a analizar el tema del trabajo en *Echar Raíces*, pero en futuras investigaciones sería enriquecedor analizar las otras necesidades del alma con la noción de trabajo.

Por último, al final de esta sección se aborda otro concepto que no es concebido como una necesidad del alma, pero que es el centro de *Echar raíces* y de la noción misma de trabajo, a saber, la espiritualidad del trabajo. Este concepto orienta y articula los distintos planteamientos del libro y marca la necesidad y el rumbo hacia donde debemos echar raíces. Justo esto ocurre con la noción de trabajo, en particular del trabajo físico, que, como veremos en la última sección de este capítulo, debe ser el centro espiritual de la vida del hombre (Weil, 1996, p. 232).

Libertad

La libertad es entendida, en sentido estricto, como la posibilidad de elección; como una posibilidad real de elección. Ahora bien, esa elección se ve limitada por las reglas que se han impuesto en nuestra sociedad para poder convivir unos con otros. No obstante, aunque la elección se vea limitada, no por ello la libertad va a ser menor o mayor, ya que “su plenitud no tiene lugar en condiciones tan fácilmente mensurables” (Weil, 1996, p. 30).

Por el contrario, la libertad depende más bien de la conciencia o, dicho de otro modo, es en la conciencia donde el hombre puede tener una libertad total, aunque su elección sea limitada. Weil afirma que a pesar de esos límites un hombre de buena voluntad puede ser

plenamente libre en su conciencia. Para poder llegar a esa plenitud de libertad se deben cumplir una serie de condiciones: las reglas que derivan de la vida en común y que limitan la elección deben ser razonables y simples para comprender su utilidad y las razones por las cuales se han impuesto; las reglas también deben ser estables, poco numerosas y generales para que el pensamiento las pueda asimilar de una vez y no tenga que volver sobre ellas cada vez que deba tomar una decisión; y la persona debe tener una buena voluntad. Como las reglas quedan incorporadas en el ser de la persona, “las posibilidades prohibidas no se presentan a su pensamiento y por tanto no han de ser rechazadas” (Weil, 1996, p. 30).

De esta manera, cuando se presenta una posibilidad de elección el pensamiento asimila las reglas, o ya las ha asimilado previamente, de tal forma que sólo se presentan posibilidades permitidas y, frente a ellas, la buena voluntad elige.

Ahora bien, si pensamos en la situación opuesta donde las posibilidades de elección, prohibidas o permitidas, son múltiples y, por tanto, resultan nocivas para la vida en común, entonces el hombre no disfrutaría de su libertad (Weil, 1996, p. 31). Por ejemplo, en un lugar con infinitas posibilidades de actuar, sin restricción alguna, una persona podría construir según su bienestar una edificación que cause daño a su vecino actuando con irresponsabilidad o, en el caso opuesto, podría dejar de reparar o adecuar espacios que necesita para no causar daño a los demás abrumado por tanta responsabilidad. Por tal motivo, si al hombre se le diera una libertad ilimitada entonces no sabría cómo usarla y al final la abandonaría (Fox, 2006, p. 7).

En este sentido, fundamentalmente el hombre es libre cuando tiene la posibilidad de elegir. Pero, si vamos un poco más allá, su libertad puede ser total en su conciencia, a pesar de los límites que demarcan la elección, cuando se cumplen las condiciones anteriormente mencionadas. Entonces, el hombre es libre al poder elegir dentro de ciertos límites y reglas, y

así impedir la formación de movimientos radicales y opresores, o de refugiarse en la irresponsabilidad, la indiferencia y la ilusión de creer que poseen libertad (Weil, 1996, p. 31).

Cómo aparece la noción de trabajo en el concepto de libertad

Para empezar, podríamos decir que el trabajo libre consiste en tener la posibilidad de elegir de forma real dentro de, claro está, unos límites que demarcan esa libertad, que derivan de las reglas establecidas en la sociedad. La libertad no está determinada por los límites que la rodean, es decir, no es menor o mayor según ellos. Entonces, incluso en una situación con límites muy fuertes, el trabajador puede ser plenamente libre en su conciencia. Recordemos que es en la conciencia donde la libertad puede ser total, pero para ello las reglas que limitan al obrero deben ser razonables, simples, estables, poco numerosas y generales para que su pensamiento las pueda asimilar fácilmente y para que, a partir de allí, su buena voluntad haga una elección. Esa libertad plena, entonces, se puede pensar en una situación donde el hombre disfrute de un sistema de trabajo que le permita ser consciente, porque allí relacionaría su pensamiento con sus acciones (Bea, 1990, p. 182)

Al tratar el tema del desarraigo obrero Weil menciona una situación ideal en la que los obreros fueran altamente cualificados, donde no hubiera acuartelamiento de los trabajadores y donde reciban un salario como forma de remuneración por un trabajo realizado libremente. Allí la autora presenta un ejemplo sobre el trabajo libre, es decir, sobre una situación en la que el obrero tiene la posibilidad de elegir: “Un obrero o un grupo de obreros podría tener cierto número de pedidos a realizar en un plazo dado, y libre elección en la organización del trabajo” (Weil, 1996, p. 63). De este modo, el obrero podría elegir libremente cómo organizar las tareas dentro del plazo asignado y el salario que recibiera como remuneración sería también gratificante. Al mismo tiempo, dadas ciertas condiciones el obrero podría ser totalmente libre en su conciencia. En este mismo ejemplo podemos pensar

en ciertas reglas que limitan la elección del obrero, como la fecha límite que tiene para terminar el trabajo o ciertas normas propias del trabajo y de su vida en sociedad. Si su pensamiento asimila correctamente esas reglas y si su voluntad es buena, entonces su libertad puede ser total en su conciencia.

Debido a que la libertad depende del pensamiento, Weil considera que el obrero debe formar ese pensamiento, de allí que insista en que se debe formar en diferentes ámbitos, entre estos el intelectual. Así, no sólo en aquel tiempo sino también hoy es necesario educar una cultura obrera, especialmente de una juventud obrera, cuya formación vaya más allá del aspecto puramente profesional. Los jóvenes obreros deben ser instruidos en varios ámbitos, entre ellos el intelectual, es decir, su formación implica una participación en la cultura intelectual: “es necesario que los obreros jóvenes se sientan tan en el mundo del pensamiento como en casa” (Weil, 1996, p. 66). Los obreros no se deben transformar en colectivos, sino que deben verse como organismos industriales, de modo que se de una libre elección de la organización del trabajo y se pueda incluir a las futuras generaciones de una manera positiva. Más aún, Weil insiste en que el trabajo no debe ser algo ajeno a la juventud, ni siquiera a los niños, sino que éstos se deben familiarizar con el trabajo desde pequeños. Por ejemplo, al visitar a su padre en su lugar de trabajo y descubrir que el trabajo es uno de los juegos más apasionantes. Es decir, que desde pequeños los jóvenes y futuros obreros se familiaricen y lleguen a asombrarse con el trabajo y, gracias a esto, el trabajo “estaría teñido de poesía para el resto de sus vidas en vez de cobrar tintes de pesadilla debido al choque de las primeras experiencias” (Weil, 1996, p. 63). Así, se convierte en un juego maravilloso y funciona de manera bilateral, como estimulante y motivador, como un orgullo al legado familiar y como felicidad del obrero.

En esta línea, Weil considera que el Estado debe encargarse de llevar esta enseñanza, sin embargo, indica que ha sido una tarea que no ha podido realizar. Esta actividad educativa es indispensable para el aprendizaje que necesita la juventud obrera y se transmite mediante la cultura, mediante la instrucción y mediante la participación de una cultura intelectual. No obstante, la cultura obrera ha sido definida por un principio de vulgarización⁴, el cual como modalidad de la comunicación no transmite informaciones o un saber, sino una presentación simplificada y facilitada de este.

No es fácil transmitir la cultura, pues se degrada antes de brindarse. Al respecto, Simone Weil enumera tres obstáculos que se le presentan a la condición obrera a la hora de querer acceder a la cultura (Weil, 1996, pp. 67-71). Es en el tercero donde hace referencia directamente a la libertad al hablar del pensamiento como algo esencialmente libre, pero veamos cada uno.

1. El primero corresponde a obstáculos materiales, es decir, a la falta de fuerzas y tiempo para dedicar a un aprendizaje que alimente su cultura intelectual. No obstante, estas dificultades son superables ya que dependen de la importancia que se les da. La perseverancia del obrero por aprender algo con esfuerzo ávido tendrá tanta verdad como alguien que estudia. De tal forma, las dificultades se darían solamente para adquisición de medios inferiores de la cultura, pues la verdad atendida tendría tanto valor según el esfuerzo y no según la cantidad (Weil, 1996, p. 67).
2. El segundo obstáculo corresponde a una sensibilidad que se desarrolla de manera particular, elaborada por otros y para otros. Para Weil un esfuerzo

⁴ La vulgarización es una forma despreciativa de la comunicación de un saber, entiéndase como la forma en que se transmite un conocimiento a la cultura popular el cual es tergiversado y lejos del conocimiento verdadero (Weil, 1996, p. 53).

valioso que se puede tratar en el aprendizaje de las verdades es una actividad de traducción en vez de vulgarización para enseñar a la clase obrera según su sensibilidad, sin degradar la verdad. Cuando la verdad ya está tan degradada se llega a la enfermedad del desarraigo de la sensibilidad y al corazón de cada uno (Weil, 1996, pp. 67-70).

3. El tercer obstáculo consiste en la renuncia que se da por parte del obrero de manera involuntaria a su pensamiento libre y soberano al desarrollar una actividad sin ejercer la esencia del pensamiento, ya que se sustrae a la esclavitud de su trabajo y como hombre esclavo le resulta imposible dedicar más tiempo a las formas más elevadas de pensamiento. En otras palabras, se refiere a la esclavitud que causa el trabajo en el hombre cuando actúa sin poder dedicar tiempo al pensamiento. El pensamiento es por esencia libre, pero el trabajador en la mayoría de su tiempo es esclavo, por lo que muy probablemente termine renunciando a las formas más elevadas de pensamiento (Weil, 1996, p. 70).

De acuerdo con lo anterior, el trabajo se presenta en cada uno de los obstáculos del pueblo para acceder a la cultura de la siguiente forma:

1. En el primero podemos pensar en un obrero al que se le presentan distintas dificultades materiales para acceder a la cultura, como la fatiga, el dolor físico, la enfermedad, la falta de tiempo libre o la carencia de talento natural. La cuestión es que estos son considerados obstáculos sólo porque se cree que para adquirir aprendizajes intelectuales se debe dedicar mucho tiempo y esfuerzo. Sin embargo, como Weil sostiene, “[l]a verdad ilumina el alma en proporción a su pureza y no por alguna especie de cantidad” (Weil, 1996, p. 67). Entonces

es suficiente con que el obrero dedique sólo un poco de su tiempo a aprender sobre la cultura. Esto se amplía en el siguiente apartado cuando se expone cómo aparece la noción de trabajo en el concepto de verdad (Capítulo II, 2 Verdad).

2. En el segundo es evidente el interés de traducir y encaminar los conocimientos hacia la clase obrera, que de alguna manera es más susceptible y requiere de un mejor aprendizaje. Weil insiste en la necesidad de indagar otras formas de transposición adecuadas para transmitir la cultura, sin llegar a vulgarizarla. En este esfuerzo no sólo los obreros resultarían favorecidos, o el pueblo en general, sino la cultura también porque saldría de su encierro de especialistas. Estas formas de transmitir la cultura deben aproximar el conocimiento a la experiencia a la vez que presentan demostraciones; se debe buscar “transportar a la naturaleza las relaciones que dominan el trabajo humano” (Weil, 1996, p. 69).
3. En el tercero la imagen de un trabajador durante su jornada laboral se asemeja a la de un esclavo porque su pensamiento no está completamente coordinado y articulado con sus acciones. Por el contrario, podemos pensar que será de cierto modo libre cuando termine de trabajar, es decir, un par de horas al día. Y, debido al primer obstáculo, no le quedan fuerzas ni tiempo para dedicarse a aprender sobre la cultura. Se deben poner en marcha reformas para combatir este obstáculo así como también el recuerdo de la esclavitud puede constituir un estímulo para el pensamiento (Weil, 1996, p. 70).

Según esta relación del trabajo con los obstáculos para el acceso a la cultura, el trabajo libre solo se puede dar en la conciencia si se cumplen ciertas condiciones en las que el

pensamiento asimila ciertas reglas y a partir de allí la buena voluntad toma una decisión. Por eso es que Weil insiste en el acceso a la cultura como una manera de formar intelectualmente al obrero, de formar su pensamiento para así poder dar lugar a la libertad en su trabajo. Sin embargo, al querer acceder a la cultura inevitablemente el obrero se topa con tres obstáculos, de los cuales el tercero se relaciona directamente con la libertad, porque éste refiere a la esclavitud entendida como ausencia del pensamiento en el trabajo, lo que da paso a asemejar el trabajo manual del obrero con un proceso meramente mecánico y esclavizante. Lo ideal es que en el trabajo haya lugar para el pensamiento, porque si lo hay, entonces hay lugar para la libertad que, como vimos, puede ser total en la conciencia. Respecto a los otros dos obstáculos, es claro que la verdad juega un papel importante porque acceder a la cultura implica comprender verdades, como veremos en el siguiente apartado.

Verdad

La verdad es la última necesidad del alma expuesta por Weil y, a su vez, “es la más sagrada de todas. Sin embargo nunca se habla de ella”. (Weil, 1996, p.48). En este punto la autora critica fuertemente este silencio, sobre todo desde el periodismo, y sugiere dos medidas para “proteger a la población de los atentados contra la verdad” (Weil, 1996, p. 49). En primera instancia, sugiere crear un tribunal de la verdad compuesto por magistrados previamente formados para castigar cualquier error evitable. “En un sistema así se permitiría llevar la acusación ante los tribunales a cualquiera que detectase un error evitable en un texto impreso o en una emisión de radio” (Weil, 1996, p. 50) y no se daría por hecho ciegamente que lo que está escrito es correcto. En segunda instancia, propone prohibir completamente la propaganda y aquella información que pudiese generar tendencia desinformada a través de la radio y la prensa diaria. El tribunal propuesto como primera medida sería el encargado de

velar que esto se cumpla y, para garantizar que sus jueces fuesen imparciales, se debe garantizar que procedan de diferentes medios sociales, que sean inteligentes, que hayan recibido una educación principalmente espiritual y secundariamente intelectual y, ante todo, que amen la verdad (Weil, 1996, p. 50).

Para complementar, Weil establece que la verdad consiste en una honesta sensación de congruencia entre la teoría y la realidad. Para Weil tener la verdad como la necesidad del alma más sagrada y un bien sobrenatural implica que la verdad sea fundamental para proteger el alma humana de la sugestión y el error (Weil, 1996, p. 50). De cierta manera, se entiende que en la autora la verdad debe estar siempre presente para todo y está conectada con una educación que trasciende los conocimientos científicos y una formación principalmente espiritual. Más aún, la verdad debe ser, ante todo, amada por los hombres para luego buscarla y llegar a ella. De lo contrario, no es posible satisfacer a los hombres de esta necesidad del alma.

Cómo aparece la noción de trabajo en el concepto de verdad

Para Weil la noción de trabajo en cuanto al concepto de verdad se presenta cuando ella enuncia los dos primeros obstáculos que dificultan el acceso del pueblo, específicamente de la clase obrera, a la cultura (Capítulo II, 2. Libertad).

Recordemos que el primer obstáculo consiste en creer que para acceder a la cultura el pueblo tiene que dedicarle mucho tiempo y esfuerzo a las labores intelectuales. Sin embargo, Weil afirma que “[l]a verdad ilumina el alma en proporción a su pureza y no por alguna especie de cantidad” (Weil, 1996, p. 67). Es decir, en el caso de la cultura, las personas no necesitan dedicarse de lleno a aprender sobre cuestiones teóricas para conocer esas verdades. Pensemos, por ejemplo, en el caso de un obrero que, como lo plantea Weil, aprende algunos pocos teoremas geométricos durante un año. Como no es cuestión de cantidad, entonces eso

es suficiente para que le entre a su alma tanta verdad como un estudiante de tiempo completo, porque “[u]n poco de verdad pura equivale a mucha verdad pura” (Weil, 1996, p. 67).

A pesar de esta situación ideal, Weil también reconoce que esto no es muy creíble y es difícil de demostrar (Weil, 1996, p.67).

En relación con lo anterior, si la verdad no es cuestión de cantidad, entonces lo importante es que el pueblo pueda acceder a algunas cuestiones teóricas o intelectuales propias de la cultura de manera sencilla, sin tener que dedicarle el tiempo o esfuerzo de su jornada laboral. Frente a eso, Weil sugiere la traducción como solución al segundo obstáculo para acceder a la cultura, a la disposición de la sensibilidad. Se trata, entonces, de tomar las verdades y expresarlas en toda su plenitud a través de un lenguaje que “las haga sensibles al corazón de gentes cuya sensibilidad está moldeada por la condición obrera” (Weil, 1996, p. 68). Por ejemplo, quien deba enseñarle un teorema geométrico a un obrero deberá adaptar esa verdad a un lenguaje por medio del cual el obrero pueda llegar a entender y conocer ese teorema, sin degradar, mutilar o vaciar esa verdad (Weil, 1996, p. 68).

Esto último es muy importante porque la autora sostiene que la circulación o la comunicación de las verdades entre un hombre y otro depende completamente del estado de los sentimientos. La verdad, dice ella, aparece en el espíritu de una persona particular; si ella trata de expresarla, no la escucharán ni reconocerán la verdad. Pero, ciertos sentimientos como la simpatía o la admiración dispondrán a la otra persona cierto grado de atención para escucharla y reconocerla así como verdad (Weil, 1996, p. 164). El obrero no está naturalmente dispuesto a escuchar la verdad, por lo cual quien enseñe el teorema geométrico deberá inspirar sentimientos para lograr disponer en el obrero cierto grado de atención.

Así, la noción de trabajo aparece en el concepto de verdad en relación con la libertad y el trabajo libre. Es decir, por medio de la comprensión de las verdades el hombre, en este

caso el trabajador, puede acceder a la cultura y así formarse intelectualmente. Esta formación intelectual dará un lugar a su pensamiento en el trabajo y, por consecuencia, a la libertad.

A la luz del primer y segundo obstáculo para acceder a la cultura podemos ver que esta actividad implica comprender ciertas verdades, como, por ejemplo, algunos teoremas geométricos. Por lo tanto, el trabajo libre requiere que se superen los obstáculos del acceso a la cultura para que el obrero pueda formarse intelectualmente y así su pensamiento sea capaz de asimilar las reglas que limitan su libertad para que su buena voluntad decida. En el primer y segundo obstáculo la forma de superarlos es por medio de la comprensión de la verdad, que no se da por la cantidad de tiempo que se dedique, sino por medio de la transmisión correcta de estas verdades para que no se denigre en el camino, sino que permita mantener la pureza de la verdad. Cuando el obrero accede a esas verdades puras y se forma intelectualmente da un lugar al pensamiento y en consecuencia un lugar a la libertad en su trabajo. En ese sentido, el trabajo del obrero, “si es desempeñado en condiciones que permitan el desarrollo de la atención y la reflexión, es el medio principal que el trabajador posee para conocer el mundo, las leyes que lo rigen y las verdades que oculta” (Bea, 1992, p. 112).

Además, y por encima de los sentimientos que disponen a una persona a escuchar una verdad, es fundamental que tenga un espíritu de verdad en el amor. Aunque al mencionar la verdad como necesidad del alma Weil sostiene que los hombre deben amar la verdad, más adelante señala que esa formulación es impropia porque la verdad no es un objeto del amor. Es decir, “[e]n vez de hablar de amor a la verdad vale más hablar de un espíritu de verdad en el amor” (Weil, 1996, p. 196). Así, sólo se puede amar aquello que existe, que se piensa y que, por tanto, puede ser ocasión de verdad. En ese sentido, la verdad se entiende como esplendor de la realidad. Por eso, el objeto del amor no es la verdad sino la realidad; el hombre debe desear conocer la verdad de lo que ama (Weil, 1996, p. 196). Así, para la

filósofa francesa la verdad es “«el esplendor de la realidad» (*«l'éclat de la réalité»*), que se manifiesta ante los ojos del trabajador consciente y humilde en su jornada de trabajo, cuando éste no se ve impelido a trabajar de forma forzada” (Abad, 2016, p. 27).

Obediencia

La obediencia como necesidad del alma es vista de dos formas: como obediencia de las reglas y como obediencia a los seres humanos que cumplen el papel de ser jefes. Por un lado, vemos cómo esta necesidad del alma se relaciona directamente con la libertad humana, en la medida en que es un tipo de obediencia a las reglas establecidas, a los límites en los que se enmarca la libertad. Por ejemplo, el vivir en un país que está constituido bajo leyes que deben cumplirse. Por otro lado, respecto a la obediencia a los jefes Weil insiste en que se debe contar con un factor fundamental que es el del consentimiento, el cual permitirá que el ser humano obedezca de manera sumisa sin que se transforme en un servilismo a tal punto que el incentivo del beneficio sea la razón principal, “pues el consentimiento es el principio y no se puede vender” (Weil, 1996, p. 32). De tal manera, dicha obediencia debe estar encaminada a un valor que sea tanto para el obrero como para el jefe y para la jerarquía que continúa. Para que dicho valor se dé como corresponde se debe contar con alguien a quien responder, es decir que exista alguien a quien el jefe también deba obedecer y responder para que así limite su libertad y asuma responsabilidad.

Cómo aparece la noción de trabajo en el concepto de obediencia

A grandes rasgos, la noción de trabajo aparece en el concepto de obediencia de dos maneras: el consentimiento al trabajo impuesto por los jefes y el consentimiento al trabajo impuesto por Dios.

Por una parte, el consentimiento al trabajo impuesto por los jefes ya no representaría una sumisión permanente o una esclavitud, puesto que obtendría una remuneración por un trabajo realizado libremente (Weil, 1996, p. 63). La autoridad representada en los jefes se tendría no mediante cada orden que dieran a los trabajadores, sino de forma general. No obstante, cuando un obrero se encuentre con una decisión que vaya en contra de sus principios tendrá plena conciencia de esto y, por tanto, no tendrá que actuar en contra de sus principios; así, el obrero no obedecerá ciegamente. Por esto, el consentimiento va a ser la clave en un trabajo obediente.

Por otra parte, respecto al consentimiento del trabajo impuesto por Dios, el trabajo físico, Weil considera que éste debe ser aceptado por el hombre como forma de obediencia. Es decir, el trabajo es visto como una forma de consentimiento a Dios. Como ella lo afirma, “[e]l trabajo físico aceptado es, después de la aceptación de la muerte, la forma más perfecta de la virtud de obediencia” (Weil, 1996, p. 227). Para entender esta afirmación primero debemos tener en cuenta que Weil ahonda en el trabajo físico con la intención de determinar qué lugar debe darle nuestra civilización a éste y a quienes lo realizan. Para ello se remonta al relato del Génesis donde se narra que Dios impuso el trabajo y la muerte como castigo por el pecado original cometido por nuestros primeros padres. Según ella, “en ese texto se lee equivocadamente un matiz de desprecio por el trabajo” (Weil, 1996, p. 227), un matiz que hace ver el trabajo bajo una concepción penal y negativa. Hay que aclarar que aquí no se entiende trabajo físico como una actividad que se realiza a cambio de una remuneración económica, sino de una manera más primitiva como la fatiga, el dolor y el esfuerzo que requiere hacer cualquier actividad, como conseguir alimento:

Maldita sea la tierra por tu causa. Con fatiga comerás de ella todos los días de tu vida.

Te producirá espinas y zarzas, y comerás las plantas del campo. Con el sudor de tu

frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado, porque polvo eres y al polvo volverás. (Biblia de Navarra, 2016, Génesis 3: 17-19)

La muerte y el trabajo, entonces, no son una cuestión de elección sino de necesidad, ya que el mundo no le entrega al hombre lo que necesita, sino que éste debe esforzarse para conseguirlo. Por eso el trabajo físico es violento a la naturaleza humana; implica día a día vivir esas sensaciones propias del trabajo y del diario: fatiga, preocupación, angustia, cansancio, dolor e incluso desesperación (Weil, 1996, p. 231).

Pero el hombre puede experimentar estos castigos de dos formas: con rebeldía o consintiendo. En ese sentido, “el trabajo y la muerte, si el hombre los sufre consintiendo sufrirlos, constituyen el transporte al bien supremo de la obediencia de Dios” (Weil, 1996, p. 230). En otras palabras, el hombre cometió un crimen y se distanció del bien supremo, de Dios mismo. Por lo tanto, el castigo que recibió para redimirse y poder reintegrarse a ese Bien Supremo es el trabajo físico y la muerte (Weil, 1996, p. 230).

Mientras el consentimiento a la muerte sólo se puede dar plenamente cuando la muerte llega y por tanto se concibe como algo abstracto y lejano, el consentimiento al trabajo se puede dar diariamente, por lo que el trabajo físico se convierte en una “muerte cotidiana” (Weil, 1996, p. 231), que desarrollada de manera consciente llega a ese Bien. Y, una vez consentido, el trabajo físico se convierte en la más sagrada de las actividades humanas. “A partir de ahí las restantes actividades humanas, ya sea el mandar a otros hombre, o elaborar planes técnicos, o el arte, la ciencia, la filosofía, todas, son inferiores al trabajo físico en significación espiritual” (Weil, 1996, p. 232).

Espiritualidad de trabajo

La espiritualidad no es definida ni enumerada como una de las necesidades del alma en *Echar raíces*, pero es un concepto que ocupa un lugar central en el pensamiento *weiliano* tanto para entender la noción de trabajo como para comprender el libro en general, e, incluso, la última etapa de la vida de Simone Weil. Este concepto es tratado recurrentemente en esta obra en relación con la noción de trabajo, debido a que Weil le da un papel espiritual al trabajo físico, lo que a su vez la lleva a proponer una civilización centrada en la espiritualidad del trabajo.

Para empezar, Weil no sitúa la espiritualidad en una religión, tradición, doctrina o fe en particular, sino que lo hace en el trabajo, en la capacidad humana de producir (Radzins, 2017, p. 292). Como veremos en el siguiente apartado, el trabajo toma como punto de partida la materia, el contacto directo con la realidad material que rodea al hombre. Entonces, la espiritualidad surge en ese encuentro del hombre con el mundo, más precisamente con la materia, que lo lleva a relacionarse con su entorno, con la naturaleza y la sociedad. Por esta razón, “nuestra relación activa con el mundo en el trabajo *es* (o al menos *debería ser*) espiritual” (Radzins, 2017, p. 292).

A partir de aquí Weil sugiere devolverle al trabajo esa naturaleza espiritual, donde el hombre puede tener una activa relación con el mundo. Para que esto se dé es necesario que haya un lugar para el pensamiento en el trabajo, es decir, que el trabajo sea libre. Recordemos que la libertad se da en virtud del pensamiento cuando éste precede nuestras acciones. En ese sentido, ante todo el pensamiento debe preceder la forma en la que el hombre se relaciona con la materia, la forma en la que la trabaja. El hombre, entonces, debe ser consciente, debe asimilar con su pensamiento el trabajo que realiza. Por esta razón, Weil considera que la vida espiritual del hombre junto con el conocimiento científico deben orientarse al trabajo. Al

hacerlo el trabajo llegaría a ocupar un lugar justo en el pensamiento del hombre: se convertiría en contacto con este mundo y el otro. En otras palabras, el trabajo sería el mediador entre el ámbito terrenal y el espiritual. De alguna forma, el trabajador haría una analogía de los mecanismos que usa para desarrollar su labor como un espejo de los mecanismos sobrenaturales (Weil, 1996, p. 85). De esta forma, Weil no se concentra en el producto final, en las metas u objetivos que se pueden lograr con el trabajo, sino en la inspiración, la atención, el pensamiento y el espíritu (Radzins, 2017, p. 301).

En concordancia con lo anterior, “sería necesario que este mundo y el otro, en su doble belleza, estuvieran presentes y fueran asociados al acto del trabajo” (Weil, 1996, p. 86). Respecto a este mundo, Weil sugiere que nuestra civilización debe estar basada en la espiritualidad del trabajo. Una civilización así hallaría la manera de priorizar las preocupaciones espirituales de sus trabajadores, es decir, cómo se podría fomentar el trabajo individual del hombre. Sería una civilización donde el trabajo, así como la oración o la meditación, ofreciera un lugar para la espiritualidad; un lugar donde el trabajador se pudiera relacionar pensantemente con la materia y, en consecuencia, con el mundo (Radzins, pp. 305-307). Así: “[u]na civilización basada en la espiritualidad del trabajo sería el grado más elevado de arraigo del hombre en el universo, y, consiguientemente, el opuesto al estado en que nos encontramos, consistente en un desarraigo casi total” (Weil, 1996, p. 88). De ahí, la importancia para Weil de echar raíces espirituales y alcanzar el arraigo en el mundo. De tal manera, el lugar que debe ocupar el trabajo físico en la vida del hombre es como centro espiritual (Weil, 1996, p. 232).

Ahora bien, hasta el momento Weil se ha referido en términos de espiritualidad y no de religiosidad o de alguna religión en particular. Por un lado, esta espiritualidad del trabajo se puede leer de forma neutral frente a la religión, es decir, sin estar atada a una religión, un

conjunto de creencias y prácticas en torno a una comunidad en específico. Por el contrario, la espiritualidad del trabajo se entiende en un sentido más amplio y, como base de nuestra civilización, puede suscitar unanimidad entre los hombres. Como bien lo dice Weil:

Los comunistas, en la atmósfera actual, seguro que no lo rechazarían [el término espiritualidad]. Pues sería fácil hallar en Marx citas en que se censura la falta de espiritualidad de la sociedad capitalista, de lo cual se infiere que debe estar presente en la nueva sociedad. Los conservadores tampoco se atreverían a rechazar esta fórmula. Ni los medios radicales, laicos o francmasones. Los cristianos la harían suya con júbilo. (Weil, 1996, p. 87)

Por otro lado, Weil no deja completamente de lado la religión, sobre todo el cristianismo. Recordemos que hacia el final de su vida ella tuvo un acercamiento a esta religión y experimentó varios encuentros místicos. Estas experiencias no fueron ajenas a sus pensamientos y a las reflexiones que plasmó en *Echar raíces*. Sino que, de hecho, reforzaron sus planteamientos filosóficos en torno a la idea de bien y a la de obligación y, ante todo, forjaron en Weil la “búsqueda de una conversión basada en la obediencia y en la renuncia” (Bea, 1992, p. 144). Fue así como la filósofa francesa se dio cuenta que sólo a través del sufrimiento el ser humano puede reconocer la necesidad de obedecer a Dios (Cullen, 1995, p. 55). En este sentido, y a la luz del apartado anterior sobre obediencia, es gracias al sufrimiento del trabajo, a la fatiga y al cansancio que le genera al hombre día a día, que puede sentir la necesidad de obedecer a Dios y el castigo que le ha impuesto para volver a él.

Como veremos en el tercer capítulo, aunque la espiritualidad juega un rol muy importante en torno a la noción de trabajo, la cuestión del trabajo físico se puede interpretar también desde una perspectiva teológica que toma a Dios como raíz y fin del trabajo físico.

3. Noción de trabajo

Según lo anterior, se puede decir que en *Echar raíces* la noción de trabajo que se encuentra está fuertemente influenciada por las experiencias místicas que Weil vivió y por su tarea de redactar cómo debería ser Francia posterior a la guerra. Por un lado, se evidencia cómo esas experiencias permearon su pensamiento, por ejemplo, al querer determinar el lugar que debe darle nuestra civilización al trabajo y responder que éste debe ser el centro espiritual de la vida social. Por otro lado, cuando Weil habla de civilización se puede pensar que lo hace de manera general y un poco abstracta, pero no debemos olvidar que ella tenía en mente a la civilización francesa, a la nación que debía ser Francia después de la Segunda Guerra Mundial. De tal manera, en este libro sus ideales sobre la organización del trabajo se mantienen, pero se ven impactados por aquellas experiencias místicas y por la situación que vivía su país en ese momento.

Aunque la autora se enfocó en ubicar la noción de trabajo en el hombre de una manera espiritual, esto no se señala desde el inicio en *Echar raíces*, donde pareciera que el tema del trabajo no es tan relevante para el libro, sino que cumple más bien un papel secundario. Sin embargo, hacia el final de la obra se acentúa la importancia de la noción de trabajo, pues toma relevancia en la medida en que avanza y brinda una noción articulada que ofrece respuesta a muchos de los problemas sociales que Weil ha expuesto.

Tanto es así que, aunque a simple vista no se encuentra una definición clara del trabajo, en las últimas páginas sí se halla un acercamiento sobre aquello en lo que consiste trabajar: “[t]rabajar es poner el propio ser, el alma y la carne, en el circuito de la materia inerte, hacer de ellas un intermediario entre uno y otro estado de la materia, convertirse en instrumento” (Weil, 1996, p. 231). Esta es una caracterización inicial de trabajo en su forma

más elemental, que se presenta en el libro de manera explícita y será la base para la noción de trabajo físico.

En el caso del trabajo físico se puede decir que en gran parte consiste en esta caracterización que se acabó de ofrecer, pero con un matiz redentor que Weil extrae a la luz de su interpretación del relato del Génesis donde Dios impone el trabajo como castigo. Según ella, es a través de este castigo que el hombre podrá redimirse y reintegrarse a ese Bien Supremo [Dios] del cual se separó debido al pecado. Si bien el trabajo físico es violento a la naturaleza humana porque le cuesta diferentes esfuerzos y agobios, para que sea un camino de redención el trabajo físico debe ser consentido. Es decir, si se entiende la obediencia como consentimiento, entonces el trabajo físico debe ser obedecido [consentido] como castigo recibido para poder redimirse y volver finalmente a Dios.

Por lo tanto, el trabajo físico consiste en poner el propio ser, el alma y la carne, en el circuito de la materia inerte, hacer de ellas un intermediario entre uno y otro estado de la materia, convertirse en instrumento, con la finalidad de reintegrarse a la plenitud del Bien por medio del dolor (Weil, 1996, pp. 230-231). Es decir, en el trabajo físico hay una finalidad más allá de la materia, que es volver a Dios mismo. No se trata de trabajar por trabajar, de ser un intermediario de la materia y ya, sino de *redimirse*. Mediante a su carácter instrumental instrumento, Weil llega a la espiritualidad del trabajo, la cual es la forma más elevada de arraigo y consiste en que la vida espiritual oriente el trabajo o en que el trabajo tenga una raíz espiritual. Así, el trabajo permite establecer un contacto entre este mundo terrenal y el mundo sobrenatural. Por esta razón, “[e]s fácil definir el lugar que debe ocupar el trabajo físico en una vida social bien ordenada. Debe ser su centro espiritual” (Weil, 1996, p. 232). No obstante, el obrero desde el mundo terrenal puede alcanzar el trabajo libre de la manera como se relaciona a continuación.

En el caso del trabajo libre, Weil considera que es posible de alcanzar a pesar de los obstáculos. En sentido estricto, se puede caracterizar el trabajo libre como la posibilidad de elección que tiene el trabajador. Pero, Weil no se queda allí, sino que señala que la libertad del trabajador puede ser total, incluso dentro de los límites que demarcan esa libertad. Ahora bien, esa libertad total se puede dar en la conciencia del trabajador si se cumplen las condiciones anteriormente mencionadas: las reglas que limitan la elección deben ser razonables, simples, estables, poco numerosas y generales para que el pensamiento las pueda asimilar rápidamente; y la persona, en este caso el trabajador, debe ser un hombre de buena voluntad. Así pues, en el trabajo libre el pensamiento es el encargado de asimilar las reglas que limitan la elección y, a partir de eso, la buena voluntad del obrero toma una decisión.

Entonces, el trabajo libre, de forma básica, consiste en la posibilidad de elección que tiene el trabajador y, de forma plena, radica en que se puede dar en la conciencia del trabajador cuando su pensamiento asimila las reglas [razonables, simples, estables, poco numerosas y generales] que limitan su elección para que, a partir de allí, su buena voluntad tome una decisión.

Para concluir este capítulo, se puede decir que el trabajo se entiende en primera instancia como la noción de trabajo libre, que se rastreó a partir de los conceptos de libertad y verdad. El trabajo libre en esta obra consiste en la posibilidad de elección que tiene el hombre dentro de los límites demarcados por las reglas que regulan su vida en sociedad. A partir de allí el pensamiento es el encargado de asimilar las reglas para que la voluntad, la buena voluntad, tome una decisión. Por esta razón, es necesario que el trabajador forme su pensamiento y una de manera de hacerlo es garantizando el acceso del obrero a la cultura intelectual. En esta formación el trabajador comprende ciertas verdades gracias a su

disposición y no a la cantidad de tiempo dedicado. Asimismo, para que las pueda comprender, es preciso traducirle las verdades al obrero con empatía para captar su atención y que así pueda reconocer la verdad.

En segunda instancia, el trabajo se entiende como la noción de trabajo físico. El trabajo físico es visto por Weil, junto con la muerte, como el castigo impuesto por Dios al hombre, debido al pecado que cometió; al crimen que puso al hombre al margen del bien (Weil, 1996, p. 230). Así, la noción de trabajo físico se entiende de manera primitiva como aquel trabajo que causa dolor, fatiga y agobio. Simone Weil hace una reinterpretación del trabajo físico como castigo con la finalidad de dejar de verlo desde un “carácter penal” (Weil, 1996, p. 227) y empezar a comprenderlo como un medio por el cual el hombre puede volver a integrarse al bien supremo. Por esta razón, el trabajo físico debe ocupar el centro espiritual de la vida del hombre y, de la mano con ello, nuestra civilización debe estar fundada en la espiritualidad del trabajo. De este modo, el trabajo físico adquiere una raíz y un fin espiritual.

Capítulo III

Comparación de la noción de trabajo en *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* y en *Echar raíces*

A primera vista, en la obra y pensamiento de Simone Weil se puede decir que el tema del trabajo parece ser secundario en comparación con otras cuestiones. En los libros analizados en esta investigación este tema no parece ocupar un lugar central, ya que no están dedicados por completo a este asunto, sino que lo hacen en menor medida. Así, por ejemplo, ninguna de las secciones, capítulos o apartados de los libros están dedicados específicamente al tema del trabajo. No obstante, después de una lectura y un análisis riguroso de ambas obras, se puede afirmar que el concepto de trabajo, además de aparecer de manera recurrente, también se presenta de forma transversal a lo largo de ellos, como se pretende mostrar en este capítulo.

En *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* se evidencia que el acercamiento de Weil hacia el tema del trabajo surgió a partir de su experiencia como activista sindicalista y de su conciencia antropológica, es decir, de su permanente preocupación por el hombre en su totalidad, en sus distintos aspectos, acciones y condiciones. A partir de allí Weil deseó escudriñar las formas en las que la opresión se da en las condiciones materiales de la organización social. De tal forma, el tema del trabajo empezó a ser su área central para llevar a cabo este estudio riguroso de manera empírica e intelectual. Cuando Weil formó las bases de su pensamiento, el asunto del trabajo se vio inmerso en los conceptos identificados como principales en esta investigación: la opresión en el trabajo como causa de la división del trabajo y, en el caso opuesto, la libertad que se da en el trabajo

en virtud del pensamiento, es decir, cuando el obrero realiza su labor de una manera con una coherencia entre el pensar y el actuar.

En *Echar raíces*, de otra parte, Weil se enfocó en ubicar al hombre en la idea de trabajo de una manera espiritual como una forma de humanizarlo. Por solicitud del Consejo Nacional de la Resistencia Francesa, Simone Weil escribió este libro con la finalidad de plasmar su visión de lo que debería ser Francia luego de la Segunda Guerra Mundial. Para cumplir con ese objetivo la autora analizó cómo era la sociedad francesa de ese momento y hacia dónde debía dirigirse. Para ello, presentó “un diagnóstico certero y problemático de *nuestro* desarraigo y de nuestra necesidad de *echar raíces*” (Weil, 1996, p. 14). En este diagnóstico la filósofa francesa se dio cuenta de que nuestra civilización está enferma por no saber qué lugar le debe dar al trabajo físico y a quienes lo realizan (Weil, 1996, p. 230). Es con base en esta preocupación y este diagnóstico que surge el tema del trabajo en *Echar raíces*, el cual se presenta con una caracterización inicial que da pie a la noción de trabajo físico y trabajo libre.

Con esto en mente, en este tercer capítulo se pretende establecer una comparación de la noción de trabajo en los libros *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* y *Echar raíces* de Simone Weil a la luz de una perspectiva teológica del trabajo físico. Esta perspectiva permite articular las nociones de trabajo que se encontraron en cada libro y que se expusieron en los dos primeros capítulos respectivamente.

Para retomar, en el primer capítulo se articularon dos nociones de trabajo: el trabajo material y el trabajo libre. El primero consiste en adaptar la materia a los fines del hombre: el trabajo es la forma en que el hombre se relaciona con el mundo, al menos con la naturaleza y la sociedad. El segundo, el trabajo libre, consiste en la adaptación de la materia a los fines *cuando* se relaciona el pensamiento y la acción, es decir, cuando cada acción laboral es

precedida por un juicio sobre el fin al que se desea llegar, de tal forma que tanto el fin como los medios que conducen a él se equilibran. Cuando las acciones laborales no son precedidas por el pensamiento, entonces el trabajo no libera sino que oprime.

Por su parte, en el segundo capítulo se presentó una caracterización inicial de trabajo: “[t]rabajar es poner el propio ser, el alma y la carne, en el circuito de la materia inerte, hacer de ellas un intermediario entre uno y otro estado de la materia, convertirse en instrumento” (Weil, 1996, p. 231). Aunque esta caracterización por sí sola no alcanza a constituir una noción de trabajo, a partir de ella se presentó la noción trabajo físico; adicionalmente, se llegó también a la noción de trabajo libre. Lo que Weil llama en esta obra el trabajo físico consiste en poner el propio ser, el alma y la carne, en el circuito de la materia inerte, hacer de ellas un intermediario entre uno y otro estado de la materia, convertirse en instrumento con la finalidad de reintegrarse a la plenitud del Bien por medio del dolor. Por otro lado, el trabajo libre radica en la posibilidad de elección. Esta libertad puede ser total en la *conciencia* del trabajador cuando su pensamiento asimila las reglas [razonables, simples, estables, poco numerosas y generales] que limitan su elección y, a partir de allí, su buena voluntad toma una decisión.

En lo que sigue se presenta el trabajo físico como aquella noción que permite articular las otras caracterizaciones de trabajo que se encontraron en ambos libros. Luego se analiza en detalle la relación entre la noción de trabajo físico y el trabajo material a partir de la materia como condición de posibilidad del trabajo. Después se profundiza en la conexión entre la noción de trabajo físico y la de trabajo libre. Finalmente, con esto se muestra que desde un punto de vista teológico las nociones de trabajo rescatadas en las obras de Simone Weil se articulan por medio del trabajo físico, cuya raíz y fin espiritual se identifica con Dios y, de esta forma, el trabajo físico se convierte en un camino de redención del hombre.

1. Perspectiva teológica en la noción de trabajo físico

Como se desarrolló en el segundo capítulo, en *Echar raíces* es posible apreciar una noción de trabajo físico que debe ser el centro espiritual de la vida del hombre (Weil, 1996, p. 232). Esta noción permite articular las otras nociones de trabajo a las que se llegaron en *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* y en *Echar raíces* debido a su raíz y fin espiritual, que se identifica con Dios mismo. Veamos cómo.

A la luz de la interpretación que Weil hace del relato del Génesis se puede decir que en un principio el hombre se encontraba en plenitud con Dios, pero por causa del pecado original se puso al margen de Él y, como castigo, Dios le impuso el trabajo. Aunque ella no se refiere explícitamente al pecado original, sí hace alusión al relato del Génesis donde Dios le impuso al hombre el trabajo y la muerte como castigo (Weil, 1996, p. 230). La causa por la cual Dios impuso ese castigo es lo que se conoce en la tradición cristiana como pecado original o pecado de nuestros primeros padres: “El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador (cf. *Gn* 3,1-11) y, abusando de su libertad, *desobedeció* al mandamiento de Dios” (Catecismo 397). De tal manera, antes de ese pecado el hombre contaba con todos los beneficios de ser la más perfecta creación de Dios, pero por su acto de desobediencia fue sancionado con la fatiga diaria del trabajo físico y la muerte. El trabajo físico fue entonces la manera como se sentenció al hombre a esforzarse para conseguir tanto el alimento como lo necesario para vivir.

Con base en lo anterior, podemos ver que la raíz del trabajo físico es espiritual, porque fue impuesto por Dios, quien condenó al hombre a esta condición. Sin embargo, Weil reinterpreta este carácter penal del trabajo físico donde “se lee equivocadamente un matiz de desprecio por el trabajo” (Weil, 1996, p. 227). Según ella, el castigo del trabajo y la muerte debe reinterpretarse como un medio por el cual el hombre puede dirigirse al bien supremo

(Weil, 1996, p. 230). En este sentido, podemos decir que el trabajo físico tiene una finalidad espiritual que consiste en retornar a Dios, con quien en un principio el hombre se encontraba en plenitud pero, por causa de su desobediencia, se separó de Él.

De este modo, el fin del trabajo físico a la luz de la reinterpretación que hace Weil del castigo es también espiritual y se identifica con Dios como bien supremo. Así, la raíz y la finalidad del trabajo físico es Dios, “el Alfa y el Omega, el principio y el fin” (Biblia de Navarra, Apocalipsis 21: 6). Por esta razón, se puede apreciar el trabajo físico desde una perspectiva teológica. Ahora bien, cabe aclarar que en *Echar raíces* Weil escribe principalmente en términos de espiritualidad y cuando menciona a Dios lo hace desde una lectura cristiana, ya que el cristianismo fue la religión a la que se acercó en el final de su vida. Entonces, considerar el trabajo físico desde una perspectiva teológica, y no desde un punto de vista meramente espiritual, es una interpretación que hace esta tesis después de haber analizado que su raíz y finalidad se identifica con Dios.

En consecuencia, el trabajo físico va a articular las otras nociones de trabajo que se encontraron en las obras de Weil en estudio, con base en la raíz y finalidad teológica.

2. Relación entre la noción de trabajo físico y trabajo material

Recordemos que en el primer libro se encontró la noción de trabajo material como forma de relacionamiento del hombre con el mundo, donde el hombre transforma la materia inerte para adaptarla a sus propios fines (Weil, 1995, p. 60). De manera paralela, en el segundo libro se halló una caracterización inicial donde “[t]rabajar es poner el propio ser, el alma y la carne, en el circuito de la materia inerte, hacer de ellas un intermediario entre uno y otro estado de la materia, convertirse en instrumento” (Weil, 1996, p. 231). En ambas

concepciones la materia se puede ver como condición de posibilidad del trabajo. Entonces, para poder explicar cómo la noción de trabajo físico articula éstas nociones, es necesario analizar la relación entre la noción de trabajo físico y la materia.

En la noción de trabajo físico la materia es el punto de partida por el cual se puede conectar el ámbito espiritual con el terrenal. Si bien el trabajo físico fue impuesto por Dios, este se lleva a cabo en este mundo, donde día a día el hombre realiza su trabajo con fatiga, cansancio y dolor. Es allí donde el hombre adapta la materia de acuerdo con sus necesidades (Weil, 1995, p. 60).

Ahora bien, podemos ver un cambio significativo en cómo se da esta relación entre el hombre y la materia: mientras que en la primera noción de trabajo la materia se ve como instrumento del hombre, en la caracterización inicial de trabajo en *Echar raíces* sucede lo contrario, el hombre se vuelve un instrumento de la materia. Si bien la materia se encuentra en el mundo y es condición de posibilidad para el trabajo, en el primer libro parece que ésta es menor en comparación con el hombre, en la medida en que la materia le sirve de instrumento. La materia no podría adaptarse de otra manera que no fuese mediante la intervención del hombre como agente externo que la transforma y adapta a sus necesidades y fines (Weil, 1995, p. 60). Es así como el trabajo permite al hombre relacionarse con el mundo, pero esta relación no es sólo con la naturaleza trasciende a lo social pues es también un medio para las relaciones sociales entre los seres humanos. En contraste, en la caracterización inicial de trabajo del segundo libro el hombre se convierte en instrumento de la materia para ser intermediario entre los estados de la misma (Weil, s.f., p. 258). En este sentido, se puede interpretar que hay un cambio en la relación entre hombre y materia: se invierte la dirección de instrumentalización, por así decirlo.

En ese orden de ideas, es claro que el trabajo físico necesita la materia para que pueda darse, es su condición de posibilidad. No obstante, aunque el hombre toma como base del trabajo la materia, su mirada no se debe quedar allí, sino que debe dirigirse a un fin espiritual y teológico: volver a Dios por medio de esa labor.

3. Relación entre la noción de trabajo físico y trabajo libre

Aunque la relación entre el hombre y la materia es condición de posibilidad para el trabajo, esto no es suficiente para que el trabajo, en particular el trabajo físico, sea un camino de redención. En otras palabras, el fin del trabajo físico no debe ser únicamente material, sino que debe dirigir al hombre a reintegrarse con Dios. Para que el trabajo físico sea una vía para retornar a Dios es preciso que haya un lugar para el pensamiento y, posteriormente, que ese pensamiento de paso a la libertad para que el hombre pueda aceptar libremente su trabajo y así volver a Dios. En consecuencia, el trabajo físico debe ser también un trabajo libre.

Por una parte, Weil considera que en el trabajo debe haber un lugar para el pensamiento. En el primer libro se presenta el trabajo libre en contraposición al trabajo como opresión. Recordemos que en *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* la autora presenta un diagnóstico de lo que ha sido el trabajo y de cómo se vivía el trabajo en ese momento, a saber, el trabajo opresivo. En este caso, el hombre se encuentra en un estado de sometimiento que se da por la división del trabajo, como uno de los factores de la racionalización del trabajo y de nuestra cultura de especialistas (Weil, 1995, p. 49). En la opresión, los trabajadores se ven subordinados a cumplir según lo asignado sin tener conocimiento del valor de su trabajo, se presupone cierta autoridad que implica un estricto cumplimiento de la regla, sin pensar, opinar o reflexionar sobre ella. Y, más aún, sin que el pensamiento del obrero esté presente y antecede cada una de sus acciones. Por este motivo:

Weil lamenta la separación entre trabajo manual e intelectual que deja a algunos con el contacto vivo con la realidad material y el orden del mundo, pero se les niega la posibilidad de comprenderlo. En el otro lado encontramos a aquellos a quienes se les ha entregado el saber técnico y científico, pero se les ha negado, y ellos lo han aceptado así, el contacto de la materia con su cuerpo, lo que les obliga a ver la realidad desde la distancia de unos conceptos que terminan siendo una película deformadora de lo que es efectivamente el cansancio físico después de 10 ó 12 horas de trabajo. (Solís, 2017, p. 15)

En contraste, se encuentra el trabajo libre que se plantea como algo alcanzable en la medida en que se debe aspirar a una libertad menos imperfecta que la actual (Weil, 1995, p. 100). Esta libertad consiste en una estrecha relación entre el actuar y el pensar en las acciones laborales. Estas acciones deben constar de un juicio previo y no ser exclusivamente mecánicas, de modo que con la capacidad individual de pensar al elegir de forma independiente también se adquiera responsabilidad en el actuar y no se deje de asumir responsabilidad en la colectividad. La forma de desarrollar ese método de pensar consiste en aplicar lo que se ejecuta en su acción laboral en otros nuevos escenarios. Es decir, que sea completamente eliminada la separación entre el trabajo manual e intelectual, de tal forma que lo que se conoce como trabajo manual incluya en sus acciones el pensamiento; pues los obreros tienen un contacto vivo con la realidad material, con el mundo que los rodea, pero no lo pueden comprender (Solís, 2017, p. 15).

Asimismo, lo que denominamos trabajo intelectual también requiere del contacto con la materia. Por ejemplo, que los gerentes encargados de coordinar un proceso de producción tengan un contacto directo con la materia prima, con esa realidad palpable a partir de la cual planean, organizan y dirigen toda la producción. En este caso, ellos tienen un saber técnico y

científico, pero no tienen un contacto directo con la materia, lo que los lleva a ver la realidad solamente desde la distancia de las ideas y de los conceptos (Solís, 2017, p. 16). Su trabajo, entonces, se “reduce a una sabiduría puramente formal sin contacto con la materia” (Solís, 2017, p. 15). De allí que los gerentes pierdan la completa percepción del esfuerzo que lleva el trabajo físico y la importancia del mismo en el trabajo que desempeñan para que sea libre.

Por su parte, en *Echar raíces* Weil da por sentado la anterior relación presentada entre pensar y actuar para la libertad. Así pues, en el trabajo libre el pensamiento es el encargado de asimilar las reglas que limitan la elección y, a partir de eso, la buena voluntad del trabajador toma una decisión. El pensamiento es el que asimila las reglas, que deben ser estables, poco numerosas y generales para que las capte de una vez y así no deba volver sobre ellas cada vez que tenga que tomar una decisión, pero recordemos que es en la conciencia donde el hombre puede tener una libertad total, aunque su elección sea limitada (Weil, 1996, p. 30). Weil afirma que a pesar de esos límites un hombre de buena voluntad puede ser plenamente libre en su conciencia si su pensamiento asimila correctamente las reglas que derivan la vida en común .

Al analizar la noción de trabajo libre se evidencia una correlación del pensamiento y de la conciencia. En *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, Weil explica cómo se puede dar un trabajo libre en virtud del pensamiento. Es muy insistente en la relación que debe mantener el pensamiento con las acciones (en el caso del trabajo con las acciones laborales). En *Echar raíces*, Weil da esta relación por sentada y le encuentra un lugar a esa libertad: la conciencia. Es en la conciencia donde el hombre puede ser plenamente libre; no en el pensamiento sin más (Weil, 1996, p. 30). Ambos acercamientos a la noción de trabajo libre, uno en cada libro, se articulan entre sí en virtud del pensamiento que va antes de las acciones. Por consiguiente, podemos decir que este pensamiento debe estar presente en el

trabajo físico, donde el hombre es consciente de la labor que desempeña al adaptar la materia a sus fines. No se trata únicamente de un contacto con la realidad, sino de una relación entre la materia y el hombre donde éste tenga un conocimiento de aquella y su pensamiento guíe sus acciones. Así, en el trabajo físico se da un lugar al pensamiento y, por tanto, a la libertad.

Por otra parte, si bien el trabajo físico debe ser libre en el día a día de modo que el hombre pueda integrar su pensamiento en su actuar, en su relación con la materia y, por tanto, con el mundo; el trabajo físico también debe ser aceptado libremente desde el inicio para convertirse en un camino de redención.

Con base en el concepto de libertad entendida como posibilidad de elección (Weil, 1996, p. 30) se puede decir que la aceptación del trabajo físico se le presenta al hombre como una opción que su voluntad, a la luz del pensamiento, puede o no elegir. Es decir, en principio, el hombre puede elegir cómo experimentar el trabajo físico, como rebeldía o consintiéndolo (Weil, 1996, p. 231). Estas dos opciones se pueden ver como dos posibilidades de elección frente a las cuales el hombre, por medio del pensamiento y de su buena voluntad, puede tomar una decisión. Así, a la luz de la posibilidad de elección se puede aceptar o no aceptar el trabajo físico teniendo en cuenta que es una decisión libre.

Si decide libremente aceptar el trabajo físico, entonces el trabajo físico aceptado se convierte en “la más perfecta forma de la virtud de obediencia” (Weil, 1996, p. 227). Es decir, si se lleva a cabo esta aceptación libre para sufrir el trabajo físico, entonces éste será una forma de obedecer a Dios y así un camino de redención para reintegrarse a Él.

A partir de allí, se puede interpretar el planteamiento de Weil a la luz de la tradición cristiana que ha interpretado la falta del hombre como un acto de desobediencia a Dios. En concordancia con el pensamiento de Weil, se puede decir que el hombre se puso al margen de Dios porque lo desobedeció y la forma de volver a Él es precisamente por medio de la

obediencia a Él, que se manifiesta a través de la aceptación del trabajo físico, es decir, de consentir libremente a ese trabajo. En ese sentido, la redención por medio del trabajo físico se da de manera libre.

Finalmente, con esto se muestra que desde un punto de vista teológico las nociones de trabajo rescatadas en las obras de Simone Weil se pueden articular por medio de la noción de trabajo físico, cuya raíz y fin espiritual se identifica con Dios y, de esta forma, el trabajo físico se convierte en un camino de redención del hombre. A la luz de esta noción se pueden leer las nociones iniciales que encontramos en *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, y las posteriores, que analizamos en *Echar raíces*, de una forma conjunta y transversal en el pensamiento de la autora francesa.

Desde esta perspectiva se gana una interpretación *salvadora* del trabajo físico; el trabajo que se lleva a cabo día a día, como un camino de redención y que encuentra una finalidad para desempeñar las actividades diarias a partir de la motivación espiritual. Desde este enfoque el trabajo se puede comprender como una actividad fundamentalmente humana, donde el espíritu toma lugar en la materia, específicamente en la relación del hombre con ella, pero no se queda allí, sino que conduce al ser humano hacia a un camino de redención con Dios. Si bien la finalidad del trabajo físico es espiritual, se da de una manera práctica y alcanzable, en un contacto directo con la realidad material. El hombre puede ser el dueño de su libertad, incluso si las condiciones laborales son difíciles, puede encontrar en su pensamiento y espíritu el para qué trabajar.

Así, aunque a primera vista el tema del trabajo parece ser una cuestión secundaria en la obra y pensamiento de Simone Weil, específicamente en los libros que aquí se analizaron, luego de la revisión que se hizo se puede apreciar que el trabajo es una noción transversal

tanto en *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* como en *Echar raíces*, ya que el tema del trabajo se relaciona con los conceptos más relevantes de cada libro y porque sirve como hilo conductor del diagnóstico, de la crítica y de la propuesta de Weil. Incluso a la luz del punto de vista teológico también se encuentra articulación en torno al trabajo y las nociones que ella percibía. Adicionalmente, se puede interpretar que es transversal entre las dos obras, ya que la noción de trabajo físico articula las demás y porque, aunque en *Echar raíces* algunas ideas se complementan o se profundizan, ya había acercamientos en el primer libro aquí tratado. Tanto es así que este inicia con una cita de Marco Aurelio sobre el trabajo y el segundo finaliza con la idea de Weil sobre el lugar que se le debe dar al trabajo en la vida del hombre⁵.

El tema del trabajo está presente desde la primera página de una de las obras más importantes de Simone Weil, donde plasmó “un resumen de su pensamiento inicial como una prefiguración de los elementos centrales de su trayectoria temática” (Rozelle-Stone y Davis, 2021), hasta la última oración de su último libro, donde expresó sus últimas reflexiones sobre la necesidad de una nación por echar raíces. La noción de trabajo es transversal en cada uno de estos libros, es transversal entre ellos dos y también en la vida y pensamiento de Simone Weil.

⁵ Son también los epígrafes de los dos primeros capítulos de esta tesis. Cita de Marco Aurelio al inicio de *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*: “El ser dotado de razón puede hacer de cualquier obstáculo materia de su trabajo, y sacar partido de ello” (como se cita en Weil, 1995, p. 43). Última oración de *Echar raíces*: “Es fácil definir el lugar que debe ocupar el trabajo físico en una vida social bien ordenada. Debe ser su centro espiritual” (Weil, 1996, p. 232).

Conclusiones

Después de haber realizado una revisión de la noción de trabajo en el pensamiento de Simone Weil a través de dos de sus obras, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* (escrito en 1934) y *Echar raíces* (escrito en 1943), se pueden concluir dos consideraciones importantes.

La primera consideración es que en cada una de las obras se observan dos caracterizaciones de trabajo: en el primer libro se encontró el trabajo material como forma de relacionamiento con el mundo y el trabajo libre como aquel en el que el pensamiento precede las acciones laborales; y en el segundo libro se vio el trabajo físico como aquel en el que el hombre se vuelve instrumento de la materia con el fin de redimirse y reintegrarse con Dios y el trabajo libre como la posibilidad de elección que tiene el trabajador, que puede ser plena en su conciencia.

La segunda consideración es que aun cuando se pueden ver varias nociones de trabajo, no por ello éstas se encuentran desconectadas entre sí en el pensamiento *weiliano*, sino que se articulan por medio de la noción de trabajo físico y de manera interpretativa a la luz de un punto de vista teológico como camino de redención a Dios. A continuación, a modo de conclusión de este trabajo, se desarrollan cada uno de estos puntos.

En *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, por un lado, se encontró la noción de trabajo como forma de relacionamiento del hombre con el mundo, es decir, trabajar consiste en adaptar la materia a los fines humanos. De esta forma, el hombre se relaciona con el mundo, al menos con la naturaleza y con la sociedad que lo rodea. Por esta razón, en esta primera noción la materia se considera como condición de posibilidad del trabajo, como ese elemento por medio del cual el hombre puede trabajar. Por otro lado, en este mismo capítulo se llegó a la noción de trabajo libre, que se da cuando cada acción laboral

es precedida por un juicio sobre el fin al que se desea llegar. Así, la noción de trabajo no se queda como algo exclusivamente material o mecánico, sino que se debe incluir en el proceso de pensamiento. Sin embargo, cuando esto no ocurre, cuando no hay lugar para el pensamiento en las acciones que realiza el obrero debido a la división del trabajo, entonces el trabajo se vuelve una forma de opresión y no de libertad.

En contraste, en *Echar raíces* se halló una caracterización inicial del trabajo que consiste en convertir al hombre mismo en instrumento de la materia. A la luz de ella se encontró la noción de trabajo físico, que radica en hacerse instrumento con la materia inerte con la finalidad de reintegrarse a la plenitud del Bien por medio del dolor. Adicionalmente, se encontró la noción de trabajo libre entendida como la posibilidad de elección que tiene el trabajador, que se puede dar de forma plena en su conciencia cuando su pensamiento asimila las reglas que limitan su elección para que, a partir de allí, su buena voluntad tome una decisión.

La segunda conclusión a la que se llegó es que estas nociones no están desconectadas entre sí, sino que se pueden articular en el pensamiento *weiliano* gracias a la noción de trabajo físico y a la luz de una lectura teológica. Recordemos que un principio el hombre se encontraba en plenitud con Dios, pero por causa del pecado original Dios le impuso el trabajo como castigo. La lectura del trabajo material desde el punto de vista teológico del trabajo físico corresponde a que si bien la finalidad del trabajo físico es reintegrarse con Dios se desarrolla como forma de relacionamiento con el mundo, adaptando la materia para sus necesidades.

Desde esta perspectiva el trabajo físico tiene un principio y un fin espiritual pero requiere un contacto material. En ese sentido, cuando el trabajo físico se percibe desde las organizaciones sociales, se evidencia una opresión y, aun cuando la finalidad del trabajo es

espiritual, para que el hombre pueda retornar a Dios debe ser libre en las relaciones con el mundo. De ahí dos formas en las cuales el trabajo físico debe ser libre: la primera corresponde a eliminar la división del trabajo en donde el trabajo realizado sea tanto manual como intelectual y el segundo que la aceptación del trabajo físico como castigo sea de manera libre, pero también como camino de retorno a Dios.

De este modo, el trabajo físico como retorno a Dios parte de la materia como condición de posibilidad y deja de ser algo esencialmente primitivo, pues se suman otros factores laborales como la remuneración económica por la actividad realizada. Aquí hay lugar para la libertad en la conciencia del obrero cuando en el proceso del trabajo se encuentra una coherencia entre el pensar y el actuar, es decir, cuando el pensamiento precede las acciones del trabajador y adicionalmente una libertad de elegir el trabajo físico de manera consentida para volver a Dios o con rebeldía. Este es el matiz redentor que se da al aceptar y consentir el trabajo; es cómo el castigo impuesto por Dios se reinterpreta en virtud de una meditación del viejo relato del Génesis que permite apreciar “una noción justa de lo que es el castigo” (Weil, 1996, p. 227).

Es así que la materia da las condiciones necesarias para que el hombre trabaje, pero sólo el espíritu puede hacer que el trabajo sea libre. Se puede decir que Weil parte de una noción originaria e incluso primitiva del trabajo que se basa en la materia, pero que no se queda allí, sino que el trabajo debe ser dirigido por el espíritu, plasmado en el pensamiento, hasta llegar a ser el centro espiritual de la vida del hombre. Por lo tanto, el trabajo físico es mediador entre la forma más básica y material del trabajo hasta la máxima aspiración espiritual a la que debe llegar el hombre como inicio y fin.

Esta tesis se concentró en realizar una revisión de la noción de trabajo en el pensamiento de Simone Weil a través de sus obras *Reflexiones sobre las causas de la libertad*

y de la opresión social (escrito en 1934) y *Echar raíces* (escrito en 1943). Inevitablemente, en el transcurso de la investigación salieron a la luz otras cuestiones y problemáticas que no se desarrollaron porque sobrepasan los alcances de la tesis, pero que dan pie a investigaciones posteriores.

Tal es el caso del estudio del pensamiento de Simone Weil en la tradición de la antropología filosófica. A la luz de la revisión realizada, se podría llegar a una idea del hombre a partir de su noción de trabajo. Al tratar la noción de trabajo en Weil se pueden apreciar rastros antropológicos allí, por lo que esta tesis puede abrir un campo de investigación para reflexionar y entender el lugar de la obra de Weil en la tradición de la antropología filosófica.

Por ejemplo, como se analizó en el primer capítulo, tanto la opresión como la libertad están estrechamente ligadas a la idea de hombre, con la pregunta acerca de qué es el hombre y qué lugar ocupa en el mundo. Esta cuestión antropológica se evidencia, por ejemplo, cuando Weil habla de la libertad y de cómo el hombre ha nacido para ella. De esta forma, es claro que hay una base antropológica en el pensamiento *weiliano* que se manifiesta de diversas maneras y al tratar diferentes asuntos. Esto se puede complementar con las necesidades del alma del ser humano, que Weil se esfuerza por enumerar y definir con el ánimo de investigar qué es lo que el hombre realmente necesita, qué le hace falta y cómo puede responder a lo que está llamado. De allí que se perciba una cierta idea de hombre en el pensamiento de Weil a la luz de su noción de trabajo.

Estas cuestiones sobre la idea del hombre, así como la misma pregunta acerca de qué es el hombre, son algunas de las principales cuestiones que se ha intentado responder en la antropología filosófica. Desde los antiguos filósofos griegos que estudiaron al hombre como un microcosmos dentro del gran cosmos, como centro del pensamiento; más adelante los

pensadores cristianos que reinterpretaron esas consideraciones y valoraron le dieron lugar al libre albedrío y a la inteligencia como las facultades humanas más altas; luego las reflexiones modernas sobre el hombre entendido como sujeto; hasta la tendencia a considerar al hombre en su auto experiencia concreta y las discusiones que hoy en día giran alrededor de la idea de hombre (Coreth, 1991).

Sin embargo, cuando se estudia la antropología filosófica como una disciplina que mantiene su carácter reflexivo en torno al hombre, no es usual encontrarse con el pensamiento de Simone Weil, aun cuando ella se cuestionó por el hombre a la luz de fenómenos sociales, políticos y espirituales que vivió directamente. Pero, ¿dónde está ella en la tradición de la antropología filosófica? Si se revisan algunos manuales tradicionales de esta disciplina, es fácil ver que no se alusión a esta pensadora, no hay rastro alguno de ella en estos manuales de antropología filosófica⁶, incluso cuando ella tuvo una herencia filosófica importante en la que se pudo identificar en el trabajo una noción antropológica.

De lo anterior, surge la cuestión y sería interesante adentrarse a estudiar si se puede entender la vida y obra de Simone Weil en el marco de la antropología filosófica y, dentro de ella, en una tradición particular.

⁶ En manuales tradicionales como el de Choza (2016) o el de Coreth (2016) no se hace ni siquiera alusión a Simone Wei, a su pensamiento en torno a la idea del hombre.

Referencias

- Abad, J. (2016). Simone Weil: el trabajo y el espíritu de la verdad. *THÉMATA*, (54), 13-32.
<https://doi.org/10.12795/themata.2016.i54.01>
- Bea, E. (1990). *Antropología y filosofía política en Simone Weil* [Tesis de doctorado, Universidad de Valencia]. <https://roderic.uv.es/handle/10550/38587>
- Bea, E. (1992). *Simone Weil: la memoria de los oprimidos*. Ediciones Encuentro.
- Biblia de Navarra* (2016).
- Bingemer, M. (2015). *Simone Weil: Mystic of Passion and Compassion*. Cascade Books.
- Catecismo de la Iglesia Católica*.
 Vatican.va. https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html
- Choza, J. (2016). *Manual de antropología filosófica*. Thémata.
- Coreth, E. (1991). *¿Qué es el hombre? Esquema de una antropología filosófica*. Editorial Herder.
- Cullen, H. (1995). *Simone Weil: The Development of Her Philosophical Anthropology Through a Study of Her Life and Thought* [Tesis de doctorado, University of Ottawa].
<http://hdl.handle.net/10393/9639>.
- Dolby, M. (2002). Simone Weil y la crítica al marxismo a través de su concepción del trabajo. *Espíritu*, 51(125), 72-92.

- Fox, L. (2006). *Finding Freedom: Simone Weil, Hannah Arendt, and Herbert Marcuse on Post-Totalitarian Politics* [Tesis de maestría, University of North Carolina at Chapel Hill]. <https://cdr.lib.unc.edu/concern/dissertations/9c67wp05n>
- García-Carpintero, M. (2020). La mística como refugio para el *espíritu de la verdad*: Simone Weil en relación a otros filósofos y místicos. *Comprendre* 22(2), 7-27.
- Gómez, A. (2015). Reseña de Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social. *ÉNDOXA: Series Filosóficas*, (36), 329-338.
- Lammertyn, C. (29 de enero de 2004). *Antroposmoderno*. Vida y obra de Simone Weil. https://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=561
- Martín-Aceña, P. (2011). *PASADO Y PRESENTE De la Gran Depresión del siglo XX a la Gran Recesión del siglo XXI*. Fundación BBVA.
- Miles, S. (Ed.). (2005). *Simone Weil: An Anthology*. Penguin Books.
- Revilla, C. (2000). Habitar el universo: el tema del trabajo en el pensamiento político de Simone Weil. *CONVIVIUM*, (13), 109-128.
- Radzins, I. (2017). Simone Weil on Labor and Spirit. *Journal of Religious Ethics*, 45(2), 291-308.
- Rodríguez, R. (2003). Los frutos de la espera: el legado de Simone Weil. *Palimpsestus*, (3), 170-179.
- Romano, M. (2018). Simone Weil: una aproximación filosófica y social del trabajo. *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 45, 305-322.

Romer, C. y Pells, R. (2021). Great Depression. En *Encyclopedia Britannica* (octubre 11 de 2021). Recuperado de <https://www.britannica.com/event/Great-Depression>

Rozelle-Sone, R. y Davis, B. (2021). Simone Weil. En E.N. Zalta (Ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Winter 2021 ed.). Recuperado de <https://plato.stanford.edu/cgi-bin/encyclopedia/archinfo.cgi?entry=simone-weil>

Solís, D. (2017). Simone Weil y la libertad por medio del trabajo. *Veritas*, (38), 9-34.

United States Holocaust Memorial Museum (2022). *Francia*.

<https://encyclopedia.ushmm.org/content/es/article/france>

Weber, E., Tuppen, J., Wright, G., Flower, J., Bernard, F., Drinkwater, J., Blondel, J., Fournier, G., Shennan, J.H., Higonnet, P., Woloch, I., Elkins, T., Popkin, J., Bisson, T.N., and Bachrach, B. (2022). France. En *Encyclopedia Britannica* (febrero 16 de 2022). Recuperado de <https://www.britannica.com/place/France>

Weil, S. (1996). *Echar raíces* (J.C. González Pont y J.R. Capella, Trad.). Trotta. (Obra original publicada en 1949).

Weil, S. (1933). Réflexions sur la guerre, *La Critique Sociale*.

Weil, S. (1934). Un soulèvement prolétarien à Florence, *La Critique Sociale*.

Weil, S. (1934). Reseña de Karl Marx (Otto Rühle), *La Critique Sociale*.

Weil, S. (1973). *Waiting For God*. (E. Craufurd, Trad). Harper & Row. (Obra original publicada en 1951).

Weil, S. (1995). *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Paidós.

Yourgrau, P. (2011). *Simone Weil*. Reaktion Books.